

BS

DUELO DE CEREBROS

clark carrados

CLARK CARRADOS

DUELO
DE CEREBROS

1.ª EDICIÓN
OCTUBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES – BOGOTÁ

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

DEPÓSITO LEGAL B 20623-1962

© CLARK CARRADOS - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1962

N. R. 2083/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
762 — La carta del muerto.
En Colección SERVICIO SECRETO:
633 — Una mujer en la niebla.
En Colección BÚFALO:
438 — Capitán Fracaso.
En Colección Congo:
6 — Sahara en rojo.
En Colección SALVAJE TEXAS:
336 — Entiérrame hondo.
En Colección CALIFORNIA:
302 — Encaje de revólveres.
En Colección COLORADO:
223 — Seis al infierno.
En Colección KANSAS:
221 — La séptima estrella.
En Colección PUNTO ROJO:
21 — Motín.
En Colección BRAVO OESTE:
82 — Savia roja.



CAPÍTULO PRIMERO

Al oír el zumbador, levanté la vista del libro que estaba leyendo y apreté dos botones, uno tras otro.

El primero accionaba el mando de apertura de la puerta. El segundo... Bien, dentro de unos instantes lo sabrán ustedes.

Puse una señal en la página del libro, lo cerré y me puse en pie, justo en el momento en que una dama penetraba en el aposento.

Era una mujer espléndida, una mujer en todo el sentido de la palabra. Alta, de cintura de avispa y cabellos negros como el ébano, dejados caer en ondulante cascada a lo largo de los hombros, redondos y perfectos.

El traje que vestía era tan negro como su cabello y exhibía un pródigo escote, las medias no eran de a dólar la docena, precisamente, y los zapatos de alto tacón que calzaba debían haberle costado una fortunita.

Su garganta de cisne estaba rodeada por un collar de perlas de cuatro vueltas, tan ajustado como el vestido que llevaba; y en la muñeca izquierda, engarzada en una pulsera de platino, se veía una esmeralda del tamaño de una bomba de mano. Más tarde supe que la esmeralda ocultaba un reloj.

Pendiente del brazo izquierdo colgaba un bolso de cuero negro, de costoso cuero negro. Salve la piel, blanca y lechosa, y los labios, rojos y encendidos, todo lo demás en ella era negro, incluso los ojos que me miraban con un fulgor sombrío y extraño. Para terminar la descripción, diré que su edad estaba comprendida entre los veinticinco y treinta años, esa maravillosa e indefinida edad en que la mujer alcanza la plenitud de su granazón y se hace más hermosa

y apetecible que nunca.

Entró con paso firme hasta la mitad de la estancia y se detuvo allí, mirándome con fijeza.

—¿Tengo el honor de hablar con el señor Chuck Walters? —dijo.

—El mismo, señorita...

Ella no contestó a mi velada insinuación de que pronunciara su nombre. Bajando levemente la vista, abrió el bolso con la mano derecha y extrajo del mismo un pequeño, pero efectivo revólver con el que apuntó a mi pecho.

Y antes de que pudiera decirle algo, la joven apretó el gatillo tres veces, con pulso firme y resuelto...

CAPÍTULO II

En la vida real, no suele ser muy frecuente que un ciudadano del montón, un tipo comente, reciba la visita de una señora estupenda, la cual, sin más ni menos, le descargue a uno a bocajarro el contenido explosivo de un revólver. Hombre... siempre hay “tipas” celosas, pero cuando disparan contra un individuo lo hacen porque le conocen. Y en el caso presente, ni aquella dama ni yo nos conocíamos en absoluto. Por lo que a mí se refiere, era la primera vez que la veía. Calculo que a ella debía sucederle lo mismo.

Pero antes de seguir adelante, bueno será que diga algunas palabras acerca de mí mismo:

La generalidad de los protagonistas de novelas policíacas son detectives privados que comienzan su relato después de una escandalosa orgía y amanecen en medio de un mar de botellas vacías, colillas de cigarros, etc... Yo no soy así. No puedo permitirme esos lujos si quiero seguir viviendo.

En primer lugar, porque apenas me gusta el licor y fumo muy poco. Y en segundo, es preciso tener en cuenta que me estoy jugando prácticamente la vida a cada momento. No puedo, pues, organizarme esas orgías en detrimento de mi forma física.

Esos detectives que he citado, se describen siempre a sí mismos como unos tipos altos, hercúleos, de nariz rota y pelo a lo cepillo, con noventa kilos encima y un enorme pistolón bajo la chaqueta. Corren unas aventuras espantosas, reciben unas palizas fenomenales, besan y aman a diario a una decena de rubias y al final se casan con la más guapa o la mejor de todas.

Confieso que a mí, hasta ahora, no me ha pasado nada de eso. Quizá es porque cualquiera que me vea por primera vez piensa que soy un ciudadano del montón. Ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, un cabello corrientito, tirando más bien a oscuro, unos setenta y cinco kilos de peso y delante de mis ojos unas gafas de gruesa armadura negra, que me confieren el aire de un plácido empleado de banca o algo por el estilo.

Pero ese aspecto es engañoso, porque, sin ánimo de darme coba excesiva, detrás de esas gafas hay unos ojos que lo captan todo, y detrás de los ojos, hay un cerebro de excepcional inteligencia, capaz

de urdir las más infernales tretas que la mente pueda concebir. Vamos a decir que me llamo Chuck Walter por razones de seguridad y porque diciéndolo así un peco veladamente, soy una especie de agente secreto del Gobierno, que obro con plena independencia en la mayoría de los casos.

De vez en cuando realizo una misión, encomendada por alguien situado en un puesto muy elevado. Esa misión la desempeño yo solo, por mi cuenta y riesgo, sin dar razón a nadie, excepto a mi jefe... si me place, hasta que termino. Entonces recibo un substancioso cheque de unos fondos que no figuran en presupuesto y, ¡hasta otra!

Me gano bien la vida, palabra; pero me la estoy jugando a cada momento. Y como continuamente corro riesgos, he ideado algunos trucos para defenderme que, con frecuencia, suelen dejar absortos a mis enemigos. Por eso estoy vivo, porque cada vez que los hube de emplear, sus resultados fueron fatales para quienes estaban frente a mí. Recuerdo a este respecto un cierto coronel Pulaski, de la Inteligencia polaca en apariencia, pero en realidad...

Bueno, dejemos en paz al coronel Pulaski y roguemos por su eterno descanso. (Amén.)

Y volvamos a la dama enlutada. Habíamos quedado en que, después de cerciorarse de que yo era el llamado Chuck Walters, había sacado el revólver y disparado contra mí tres tiros.

Ella estaba a cuatro pasos de distancia. No podía fallar y las balas, en efecto, se encaminaban rectamente a mi pecho. Pero se detuvieron a un metro, trazando en la atmósfera una especie de chispas estrelladas y luego cayeron al suelo.

Ese era uno de mis trucos y este es el resultado de haber apretado el segundo botón, una pared de vidrio blindado había descendido del techo hasta el suelo, interponiendo una sólida barrera entre la morena y yo. Precaución número 1 cuando se recibe a un visitante desconocido y que, indudablemente, me había saldado la vida.

Ella se quedó boquiabierta al ver estrellarse los proyectiles contra el sólido vidrio. Tan perfecta era la transparencia del mismo, que nadie se daba cuenta de su existencia hasta que lo tocaba.

Mas a pesar de todo, no estaba muy segura de sí misma. Gatillo de nuevo, terminando de descargar el revólver con idéntico

resultado negativo.

Al comprender que algo había fallado, dio media vuelta e intentó huir.

—¡No lo haga! —grité—. ¡Morirá en el acto si intenta salir de aquí!

Se detuvo, girando lentamente hacia mí. Su labio inferior temblaba perceptiblemente. A pesar de la barrera de vidrio que nos separaba, podíamos oírnos perfectamente merced a un juego de micrófonos y altoparlantes distribuidos estratégicamente por la habitación.

Frente a mí, estaba la puerta de salida, al fondo de un pequeño pasillo de dos metros de longitud. La joven se hallaba a uno de la embocadura del pasillo.

—Tire el revólver al suelo —ordené. Había disparado seis tiros, pero hay revólveres de siete y no tenía ganas de bromas.

Ella obedeció en el acto. Sin perderla de vista, busqué en un cajón de un mueble librería que tenía al alcance de la mano y saqué una diminuta cámara fotográfica con cuyo objetivo enfocado disparé un par de veces.

—Creo que es usted muy fotogénica —dije, sonriendo. Y luego apreté otro botón y la pared de vidrio se deslizó hacia arriba silenciosamente

Ella abrió una boca de palmo, al ver perderse en lo alto los seis impactos de sus balas. Cuando tuve el paso franco, avancé en su dirección.

—Y ahora, ¿querrá decirme su nombre?

La joven irguió el busto, desafiante.

—¡No! Y me marcho. No intente detenerme, o lo pasará muy mal.

Me eché a reír. Busqué una cosa con la vista y encontré al fin un periódico, con el cual hice una pelota.

—Voy a enseñarle una cosa, señorita. Si después de esto, persiste todavía en marcharse… bien, sea por su cuenta y riesgo.

Y arrojé la pelota de papel hacia la embocadura del pasillo.

El periódico se inflamó de repente. Cayó al suelo y se consumió en pocos segundos.

—Entre pared y pared hay unos conductores eléctricos que descargan cincuenta mil voltios, señorita —manifesté. Le volví la

espalda—. Venga, tomaremos una copa y hablaremos mientras tanto, ¿quiere?

La entereza de que había hecho gala la joven hasta aquel momento se derrumbó de pronto. Abatiéndose sobre un sillón, ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar.

Pegué una patada en el suelo. Si algo hay que me fastidie en este mundo, es ver llorar a una mujer joven y bonita, demonios.

CAPÍTULO III

Llené una copa a medías y le agregué unos dedos de seda. Luego me senté en el brazo del sillón y la tomé por el hombro, obligándola a incorporarse.

—¿Límpiese esos ojazos, preciosa —dije—, y luego beba. Verá qué pronto se le calma todo.

Ella hipó un par de veces. Trató de sonreír, pero solo le salió una mueca distorsionada. Su espléndido busto se agitó con cierta videncia hasta que, poco a poco, fue calmándose.

—El baño está al otro lado —dije—. Quizá le convenga retocarse un poco la cara.

Ella accedió. La acompañé hasta la puerta y cerré, tras de lo cual volví rápido a mi habitación.

En el mueble librería que tengo hay varios cajones. Abrí uno de ellos y extraje lo que —aparentemente— era un teléfono, pero que no era otra cosa que un potente transmisor de radio, de una frecuencia muy elevada, con el fin de impedir enojosas interferencias.

Marqué dos números tan solo. Esperé unos instantes hasta oír una voz gangosa.

—Habla Cero Cero Uno —dije, dando mi cifra.

—¡Condenación! ¿Por qué usas la radio, Chuck? —dijo una voz carrasposa al otro lado de la línea inalámbrica.

—Escuche, jefe, no tengo tiempo que perder. Una mujer acaba de entrar en mi casa y ha disparado seis tiros contra mí.

—¡Rayos! ¿Y estás vivo?

—Sí, pero herido mortalmente...

—¡Chuck! —chilló el jefe.

—...de amor. ¡Si la viera usted! ¡Es preciosa, es...!

—¡Vete al infierno! ¿Es que quieres matarme de un susto? Vamos, desembucha pronto. ¿Qué te ha sucedido con esa fulana?

—Hasta el momento, nada, jefe. Ahora está en el cuarto de baño, tratando de restaurar su maquillaje, arruinado por unas lagrimitas que ha derramado después. Saldrá enseguida. Voy a entretenerla. Envíe un hombre para que la siga día y noche, ¿estamos?

—Conforme.

Esto es lo bueno de mi jefe. Cuando le pido una cosa, sabe que no lo hago sin fundamento. Si una individua había logrado averiguar mi domicilio y, sin previo aviso, había empezado a tiros conmigo, era que algo gordo se estaba cociendo. El jefe sabe que no soy de los que dejan detrás de sí líos de faldas —lo cual no quiere decir que las mujeres no me gusten, claro—, y que, por lo tanto, aquel ataque no se debía a un acceso de celos, sino a otra cosa mucho más importante con seguridad.

—Cuelga —añadió— e infórmame apenas hayas concluido con la tipa esa.

—“O.K.”

Escondí el transmisor y luego me senté con un vaso en la mano, esperando a que la morena saliese del cuarto de aseo.

Encendí un pitillo. Me lo fumé entero. La chica no salía del baño.

Aquello empezó, a escamarme mucho. Me había fijado en ella detenidamente y sabía que no era mujer que consumiese demasiados cosméticos. ¿Por qué tanto tiempo en aclararse un poco los ojos y luego retocarse las cejas y párpados ligeramente?

Dejé pasar diez minutos más. Al cabo, apurando la bebida; que me supo a diablos, dejé el vaso a un lado y me fui al baño.

Llamé a la puerta con los nudillos.

Silencio.

—¡Señorita! —grité. Y de modo instintivo, miré al pie de la puerta, temiendo ver en cualquier instante un charco de sangre precedente de su yugular al suicidarse con una de mis cuchillas de afeitar.

No había tal charco de sangre. Hice girar el pestillo. La puerta estaba cerrada por dentro.

—¡Señorita! —llamé otra vez.

Silencio de nuevo.

Harto de esperar, cargué contra la puerta, violentando el cerrojito interior. Entré en el cuarto.

Estaba vacío.

Me crucé de brazos durante un segundo.

—Bien, Chuck Walters, el astuto e inteligente detective, el hombre que no falla jamás, el hombre más listo que ha existido

después de Maquiavelo y Lawrence de Arabia, bien, aquí estás, convertido en setenta y cinco kilos de idiotez purísima, engañado por una principiante, que te ha dejado con dos millas de narices. ¿Eh, está bien dicho?

—Perfectamente —me respondí a mí mismo—. La apreciación es del todo correcta. ¡Eres un asno, Chuck!

Me acerqué a la ventana, abierta de par en par. Me incliné hacia afuera. Saqué la cabeza...

Y en aquel momento, algo se estrelló contra mi cráneo con duro estruendo. Perdí el conocimiento en el acto.

CAPÍTULO IV

De ordinario, vivo fuera de la ciudad, en una pequeña casita rodeada de un minúsculo jardín. La casa es de una sola planta; por eso la chica había podido escapar tan fácilmente.

¿Escapar?

Mejor había estado esperando mi reacción. Para ser un agente secreto de los más hábiles, estaba portándome como un chiquillo de pocos años. No hay cosa más fácil para una persona que pegarse a la pared de un edificio y esperar a que el otro saque la cabeza. Entonces se le atiza un estacazo en la nuca y… listo.

Me desperté bastante después, a bordo de un automóvil que corría a buena velocidad, según pude deducir. La nuca me dolía horriblemente, pero no podía hacer otra cosa que aguantarme. Estaba en el fondo del coche, tan atado como una salchicha y con la misma libertad de movimientos que la momia de Tutankamón.

El coche rodó velozmente por espacio de dos horas. Al fin, noté que reducía su ritmo de marcha. Luego sentí que viraba en ángulo recto hacia la derecha y se adentraba por un caminito bastante mal cuidado, a juzgar por las protestas de los muelles y los continuos saltos del vehículo.

Cinco minutos después, el coche se detuvo. Entonces, alguien se inclinó sobre mí y me cubrió, los ojos con un pañuelo negro. Eso sí, tuvo el cariñoso detalle de guardarme las gafas en el bolsillo de pecho de mi chaqueta.

Soltaron las ligaduras de mis pies. Me estremecí al pensar en la factura de la compañía suministradora de mi fluido eléctrico; la valla de energía estaba conectada todavía.

Dos manos me hicieron poner en pie, conduciéndome casi en vilo. Advertí que entraba en una casa, de suelo de madera, a juzgar por el ruido de las pisadas.

Unos momentos después, mis secuestradores empezaron a descender por una escalera de unos veinte peldaños. Chirriaron las charnelas resecas de una vieja puerta y luego entramos en una habitación que olía a moho y humedad. El suelo era de arena apelmazada, pero bastante húmeda.

Uno de los individuos, ninguno de los cuales había despegado

los labios mientras duró el trayecto, me pegó un fuerte empujón, tirándome al suelo. El otro me ató los tobillos nuevamente, después de lo cual se marcharon sin decir una sola palabra, dejándome solo en el sótano. La puerta se cerró de golpe, oí el rechinar de una llave en la cerradura y allí me quedé, entregado a mis solitarias y poco agradables reflexiones.

Podía soltarme antes de cinco minutos. Estaba seguro de que, durante mi desvanecimiento, aquellos tipos me habían registrado en busca de armas. Tendrían que haber deshecho mi ropa, hilo a hilo, para encontrar algunas cosas que, indudablemente, les habrían causado una gran sorpresa.

Por el momento, sin embargo, preferí permanecer en la misma situación. Quería averiguar cuáles eran sus intenciones y no tenía ganas de correr el riesgo de que entrasen de nuevo en el sótano y empezaran a tiros conmigo al ver que me había desatado.

Esperé. Esperé pacientemente. Incluso creo que me dormí, cosa que me sentó bastante bien para olvidarme un poco del dolor de cabeza.

El chirrido de la cerradura me despertó después de un plazo que no supe calcular. Oí varios pasos de personas.

—¿Es ese? —preguntó una voz.

—El mismo, jefe.

—¿Por qué lo habéis traído aquí? —siguió el individuo, ahora con mucha aspereza.

Aquella voz. ¿Dónde diablos la había oído yo antes de ahora?

—Bueno, la chica falló. El tipo quiso salir a ver qué pasaba y entonces le atizamos. Como quedó desvanecido, pensamos que quizá usted querría interrogarle…

—¡No quiero nada! —dijo el tipo ásperamente—. Mandé a la chica a liquidarlo y si ella ha fallado, vosotros no debéis fallar, ¿estamos? Arreglaros como mejor os parezca, pero no quiero errores. Pago bien, pero castigo mejor a los que no cumplen mis órdenes.

—Está bien, jefe. Váyase tranquilo. El tipo no respirará más.

Sonaron pasos de un hombre que se alejaba. Luego, los dos fulanos quedaron conmigo.

—¿Cómo lo hacemos, Chess?

—El río pasa no lejos de aquí. Una piedra al cuello sería lo

mejor, Cutie.

—Podríamos degollarle y enterrarlo aquí, en el sótano.

—Ni hablar. El suelo es muy duro y no tengo ganas de deslomarme cavando. Lo dicho; la piedra al cuello y al agua.

—Está bien, Chess. Voy a buscar la piedra. Tú vigílalo y ten mucho cuidado con él; es un tipo peligrosísimo.

Sonó una risa torva.

—Ahora vale menos que un recién nacido.

Maldije mi ocurrencia de esperar. Ahora estaba allí, atado de pies y manos y en vísperas del memento de ir a parar al río con un pedrusco atado al cuello. Claro está que si me hubiera soltado, aquellos tipos hubiesen empezado a tiros conmigo, con lo cual el resultado hubiera sido el mismo o quizá peor.

Me pregunté quién diablos podría ser aquel individuo, el jefe, y por qué deseaba mi muerte con tanta vehemencia. Su voz me parecía conocida, pero no podía recordar, por más que me esforzaba en ello, a quién pertenecía y dónde la había escuchado con anterioridad.

Al cabo de unos minutos de espera, Chess hizo su entrada.

—Todo listo, Cutie.

—Conforme. Ayúdame, Chess.

Entre los dos cargaron conmigo, arrastrándome por debajo de los sobacos sin compasión alguna. Esta vez no me desataron los tobillos.

Salimos fuera. Me arrojaron al coche como un bulto informe. Después montaron en él y arrancaron.

El trayecto duró un par de minutos escasamente. El coche se detuvo y los fulanos me sacaron fuera.

—Ya tengo una barca preparada —dijo Chess.

—¿Y la piedra?

—En la barca. Vamos…

Una vez más fui izado a pulso. Calculé que debía ser de noche; de lo contrario, aquellos tipos no se habrían arriesgado a ejecutar una maniobra como aquella en pleno día.

Sentí un suelo movedizo bajo mis pies. Luego un leve chapoteo de remos.

Mientras, uno de los forajidos remaba, el otro pasó una cuerda en torno a mi cuello. Rio siniestramente.

—¿Aprieto?

—No —contestó el otro—. Se finge inconsciente, pero está despierto y muy despierto. Que esté bien sujeto; con eso es suficiente. Así podrá enterarse de que se ahoga.

Este era Cutie. Me prometí en mi interior devolverle la pelota... si salía de aquella con vida.

Chess terminó de hacer el nudo en torno a mi cuello.

—¿Estás, Cutie? —preguntó.

—Vamos.

Algo me aplastó de repente el pecho. Era la piedra y calculo que no pesaba menos de cuarenta kilos. Con un lastre semejante y atado de pies y manos, mis posibilidades de supervivencia no es que fuesen escasas, sino que eran rulas.

A menos que...

Uno me agarró por debajo de los sobacos y el otro por los tobillos.

—¡Condenación! —blasfemó Cutie—. ¡Pesa como un demonio!



—¡Pesa como un demonio!

—Vamos, muévelo un poco.

Empezaron a balancearme a derecha e izquierda, mientras contaban.

—¡Uno...! ¡Dos...! ¡Tres...! ¡Ahora!

Volé por los aires, describiendo una pequeña parábola. Mis espaldas chocaron contra el agua y me hundí a plomo en el río, arrastrado por el peso de aquel enorme pedrusco.

CAPÍTULO V

En tanto volaba por los aires, había hecho una amplia inspiración, llenando mis pulmones del gas vital. Lo necesitaba, si quería seguir viviendo.

Las aguas se cerraron sobre mi cabeza. La piedra me arrastró al fondo, al cual llegué unos segundos más tarde. Calculo que el río, en aquel lugar, debía tener una profundidad de unos cuatro o cinco metros. Suficiente para que mi cuerpo permaneciese allí hasta que la cuerda que sujetaba mi pescuezo a la piedra se hubiese podrido.

El tiempo corría en contra mía. Tenía que darme prisa en soltarme las ligaduras, pero, al mismo tiempo, debía conservar la calma o de lo contrario, podría considerarme irremisiblemente perdido.

Encogí las piernas cuanto pude, tratando de acercar mis manos a las punteras de los zapatos. La piedra servía de ancla, impidiendo que la corriente del río me arrastrase aguas abajo. En medio de todo, aquello que debía haber servido para mi muerte, iba a constituir mi salvación.

Tanteando con las manos, pude llegar a la puntera de mi zapato derecho. Hurgue con los dedos, mientras contenía la respiración. Hice una presión lateral en la suela del zapato y al instante salió una afilada cuchilla del más fino acero.

No me entretuve, en soltar las ligaduras de las manos ni de los pies; esto ya lo haría más tarde. Había otra atadura que me interesaba más, la que me mantenía pegado al fondo del río.

¿Pegado?

La posición en que estaba hubiera sido cómica en cualquier otra ocasión, pero no es nada agradable tener que forcejear para salvar la propia vida, atado por el cuello a una piedra de cuarenta kilos y, por efecto de la flotabilidad, estar cabeza abajo, con los pies apuntando hacia la superficie del agua. Y con todo eso, arrégleselas usted para cortar una cuerda de dos centímetros al menos de grueso.

Afortunadamente, no se les había ocurrido emplear alambre.

Estiré las manos cuanto pude, tratando de alcanzar la cuerda. Mis dedos sujetaban con firmeza la cuchilla, con la cual empecé a

cortar las fibras de la soga

A todo esto ya había pasado un minuto. El aire contenido en mis pulmones se acababa y empezaba a ver puntitos de todos los colores ante mis desorbitados ojos.

Apreté con fuerza. Los hilos fueron cediendo con agónica lentitud. ¿De qué endiablada fibra estaría construida aquella maldita cuerda?

El último hilo saltó por fin. Y yo subí disparado a la superficie.

Mientras ascendía, procuré contorsionarme a fin de asomar la cabeza lo primero. Unos instantes después, el aire puro y fresco de la noche invadía mis pulmones. Y unos segundos más tarde, me iba al fondo suavemente.

Pero ya había renovado el aire de mis pulmones y esto me permitiría resistir otro tanto bajo el agua. Así pude cortar las ligaduras que sujetaban mis tobillos y talonear para ascender nuevamente a la superficie.

El resto fue fácil aunque engorroso. Mientras nadaba suavemente de espaldas, manteniendo apenas la nariz fuera del agua, sujeté la cuchilla con los dientes y empecé a serrar las cuerdas que sujetaban mis muñecas.

Diez minutos después de haber sido lanzado al agua, ya estaba en la orilla del río. Me detuve un rato a descansar, pues verdaderamente lo estaba necesitando.

Al cabo de un cuarto de hora me puse en pie. Estaba empapado de agua de pies a cabeza, pero este era el único daño que había sufrido. Ahora lo que me convenía era volver a casa, darme un bario caliente, cambiarme de ropa y...

¡Volver a casa!

Habíamos estado rodando en automóvil por espacio de dos horas. ¿Cómo diablos iba a emprender el regreso?

De pronto se me ocurrió una idea. ¿Por qué no explorar la casa donde me habían tenido prisionero?

Consulté mi reloj. Era sumergible y de cifras fosforescentes, por lo que no había sufrido daño alguno con la inmersión en el agua: las cuatro y media de la mañana.

Bonito día había tenido, comenté para mis adentros, en tanto caminaba hacia la casa. Primero, una mujer de belleza enloquecedora había disparado seis tiros contra mí. Segundo, me

habían golpeado en la cabeza, secuestrado y luego arrojado al agua con una piedra atada al cuello. Un día movido, desde luego, como muy pocos de mi existencia.

Saqué las gafas del bolsillo de la chaqueta. Milagrosamente se habían conservado. Las sacudí un poco y me las puse.

Momentos después llegaba a la casa. La vista de un automóvil en el patio me hizo bailar de júbilo el corazón.

De un modo casi irreflexivo, fui a apoderarme del vehículo. No me importaba que no tuviese llave de contacto; un tipo como yo sabe que eso es una cosa superflua si uno quiere. Pero me contuve oportunamente.

Un automóvil ante la puerta de la casa significaba que dentro había gente. ¿Quién?

El mejor modo de averiguarlo era entrando y la mejor manera de entrar en una casa ha sido siempre llamando a la puerta para que le abran a uno. Eso es lo que hacen siempre las personas decentes… como yo.

Busqué el pulsador, lo oprimí y esperé.

Transcurrieron treinta largos segundos antes de que se abriera la puerta. Entonces divisé ante mí la gorilesca faz de uno de los tipos, Chess o Cutie, lo mismo da.

El individuo se quedó con la boca abierta. Seguramente se imaginaba que estaba frente a un espectro.

—Soy yo, monada —le dije amablemente—. He venido aquí para darte dos cachetitos por haberme hecho pupa.

Chess, pongamos que era él, reaccionó. Echó mano al interior de su chaqueta y trató de sacar su pistola.

Le dejé que la sacara. Esto me convenía; no me gusta registrar a la gente para quitarles sus cosas, generalmente, prefiero que me las entreguen.

Entonces disparé mi mano derecha y atenacé su muñeca con una férrea presa. Al mismo tiempo y para que se olvidara de mi mano, le aticé un indescriptible puntapié en la espinilla.

Chess empezó a cojear, soltando por su boca la más extensa colección de blasfemias que he oído. Retorcí su muñeca y el arma pasó a mi poder.

La volví contra él. Sus ojos se desorbitaron al ver el cañón del arma, a un centímetro de su pecho. Sonó un disparo.

El gorila cayó de espaldas, pateando epilépticamente. Salté por encima de él y penetré en la casa.

Alguien lanzó un grito.

—¡Cutie!

—Me había equivocado —murmuré—. No era Chess, sino Cutie.

Y alcé la voz.

—Ven, Chess —dije guturalmente.

El tal individuo salió corriendo de una habitación. Llevaba una pistola en la mano.

Le pasó lo mismo que a Cutie: se quedó con la boca abierta al verme vive.

—Tira la pistola —dije.

Lo que me tiró fue un balazo que si me pesca me hace polvo el guardasesos. Agachado, apunté a sus tripas y se las perforé.

Chess era un tipo duro. Sabía que estaba muerto prácticamente, un balazo en el estómago suele dejar muy pocas esperanzas, pero no quería rendirse sin haber luchado hasta el último aliento.

Volvió a disparar contra mí. Fue una lástima, porque no me acertó y porque me hubiese gustado que viviera para haber tenido un ratito de conversación con él. Pero mi segundo disparo le apuntilló.

CAPÍTULO VI

Arrastré los cadáveres, metiéndolos en el sótano, limpié rápidamente las manchas de sangre, después le lo cual me dediqué a un concienzudo registro de la casa, sin encontrar nada de particular.

Un poco defraudado bajé a la cocina, en donde me preparé un suculento desayuno. Sabía que tenía que acudir alguien allí; de lo contrario, ¿por qué habían quedado esperando aquellos dos gorilas?

Después de desayunar, busqué en el piso alto —la casa tenía planta y pisó— y encontré ropa limpia y seca. No me sentaba muy bien, pero al menos podía pasar.

Cuando terminé eran ya más de las seis. Tenía sueño, pero no me atreví a dormirme; no sentía deseos de que alguien me pescase desprevenido de nuevo.

Cogí un sillón y lo coloqué a la derecha de la entrada, dejando la puerta entornada. Luego me arrellané en el sillón y empecé a consumir los cigarrillos heredados del pobre Cutie.

Fumé cuatro antes de sentir pasos cautelosos en la gravilla del jardín que rodeaba la casa. Entonces puse mis nervios y mis músculos en tensión.

Alguien se acercaba. Preparé la pistola; este que venía debía ser el tipo de la voz conocida, pero no recortada. Y le iba a preparar un buen recibimiento.

La puerta giró suavemente. Alguien entró y dio dos o tres pasos en el interior del vestíbulo.

Traté de dominar ¡mi sorpresa. ¡Era la morena!

—Hola —dije alegremente.

Ella se volvió con gran rapidez, con los ojos dilatados por el asombro al verme sentado y con una pistola en la mano. Quiso tocar el bolso, pero la contuve con palabras desalentadoras.

—Saque la pistola, preciosa, y le juro que le abriré un agujero en su hermosa tripita. Una vez ha pedido engañarme; dos, no.

Apretó los labios, mientras respiraba tan fuerte que por un momento creí que la tela que cubría su espléndido busto iba a saltar en mil pedazos.

Me puse en pie y avancé hacia ella. Con toda suavidad, le quité

el bolso.

—Media vuelta, guapa —ordené.

Ella obedeció.

—A la derecha hay una habitación. Entra.

Caminó. Procuré apartar mi vista del encantador espectáculo que ofrecían sus rotundas caderas balanceándose armoniosamente. No podía distraerme bajo ningún concepto. ¡Qué lástima!

Entramos en la habitación y cerré la puerta de un puntapié.

—Siéntate allí —dije, tuteándola sin ningún reparo—. Como verás, hay una mesa. Pon las manos encima y no las muevas con ningún pretendo. Si hay una cosa que me disguste particularmente es disparar contra las damas; me agrade, mucho más hacerles el amor. Pero no quiero bajo ningún concepto que me gastes ninguna jugarreta, ¿estemos?

Ella asintió en silencio. Su rostro parecía de mármol, en contraste con el negro lustroso de su cabellera, desplomada a lo largo de sus hermosos hombros.

La miré fijamente durante unos segundos. Era perturbadoramente hermosa y ahora vestía un traje verde oscuro, con un escote fascinante, cuya ausencia de mangas dejaba al aire unos brazos mórbidos, maravillosamente torneados.

El cuarto era un comedor. Me senté frente a ella y abriendo el bolso, volqué su contenido sobre le mesa.

Verifiqué el contenido rápidamente: útiles de tocador, una billetera con ciento cincuenta y cinco dólares, una pitillera de platino adornada con esmeraldas, un encendedor que hacía juego y una pistolita que ya no hacía tanto juego.

La pistolita pasó a mi bolsillo. En la billetera hallé una tarjeta de seguridad social a nombre de Fabrizia Kalmyscz, natural de Budapest, ciudadana de los Estados Unidos y de veintisiete años de edad.

Le devolví el bolso.

—Y ahora, ¿quieres hablar? —dije—. Mi nombre es Chuck, por si no lo recuerdas.

—Lo siento —respondió con voz opaca—; no puedo decir nada.

—Escucha, nena —murmuré—. Ayer por la tarde viniste a mi casa y me disparaste seis tiros en dos tandas. Luego te acompañé hasta el cuarto de baño y me engañaste miserablemente para poder

largarte. Cuando me asomé a la ventana del cuarto, dos tipos me golpearon y me trajeron hasta aquí. Luego vino alguien y les dijo que me liquidaran. Te ahorraré el medio que empleé para salvarme. Lo que sí puedo decirte es que esos dos fulanos están ahora en el sótano, más muertos que Napoleón. Esto te dará idea de la clase de tipo que soy yo. ¿entendido?

Fabrizia palideció aún más. Pero se mantuvo en sus trece, herméticamente silenciosa.

—¿Quién te ordenó que me matases?

Silencio. Los labios de la chica se contrajeron.

Apunté a su pacho, justamente al centro, entre los senos.

—Si dentro de tres segundos no me has dicho el nombre del tipo que te ordenó asesinarme —exclamé resuelto—, dispararé. Y si no me crees, si piensas que no soy capaz de matar a una mujer a sangre fría, prueba a resistirte.

Esta vez el color huyó hasta de sus labios. Sus manos se crisparon sobre el borde de la mesa, hasta que los huesos de los nudillos se transparentaron a través de la piel.

—Usted no puede hacer eso —dijo con voz ronca.

—Hermana, en mi profesión el que es sentimental muere rápidamente. Y yo no puedo permitirme esos lujos. ¡Uno!

—Está bien —cortó la cuenta—. No tire. Hablaré. ¿Qué es lo que quiere usted saber?

—Primero, ¿por qué disparaste contra mí?

—Me lo ordenaron.

—¿Quién?

—Un hombre llamado Guthrie.

—¿Dónde vive?

—No lo sé, no me lo ha dicho.

—¿Te expresó algún motivo por el cual deseaba mi muerte?

—No.

—Entonces, ¿por qué le obedeciste?

—Amenazó con matar a mi padre si no lo hacía.

—¿Tu padre? —exclamé, muy intrigado—. Y ¿quién diablos es tu padre?

—Se llama John Kalmyscz.

—¿Qué hace tu padre?

—Trabaja para el Gobierno de los Estados Unidos.

Asentí suavemente. Empezaba a comprender. Asunto de espionaje científico.

—¿Dónde?

—En Huntsville, Alabama.

Silbé, lleno de asombro.

—Clon Von Braun, el hombre de la V-l y la V-2 y que ahora quiere llegar a la Luna.

—Sí.

—¿Y dónde está ahora tu padre?

—En casa, pasando cuatro semanas de vacaciones.

—¿Dónde es "en casa”?

—En Washington. Yo trabajo en la capital federal.

—También en una oficina del Gobierno, supongo.

—Así es.

—Y tu padre ha querido pasar contigo esas cuatro semanas de descanso.

—Exactamente.

—Momento que ha elegido el tal Guthrie para aparecer en escena y ordenarte que me matases.

—Sí.

—¿Y tú le has obedecido, sin más?

—Sí.

—¿Por qué no fuiste a la policía?

—¿Hubiera ido usted en mi caso?

—Claro. Es lo que suele hacerse.

—¿Qué haría usted si, además de todo lo que le he dicho, tuviese la madre en Budapest?

Me quedé sin aliento por unos instantes.

Fabrizia hubiera podido acudir a la policía caso de tratarse únicamente de su padre. Y el señor Kalmyscz hubiera recibido la adecuada protección. Pero ¿qué protección podía prestarse a una mujer que residía a miles de kilómetros, tras el telón de acero?

—Comprendo —dije—. ¿Puedes describirme a Guthrie?

—Es de su estatura, quizá un poco menos. Cabello rubio, bigote frondoso, algo más oscuro... y no se me ocurre nada más.

—¿Los ojos?

—Corrientes. Castaños, posiblemente. ¿Cree que estaba para fijarme en esos detalles?

—Tu padre, ¿lo sabe?
—Sí.
—Y ha callado también.
—¡Naturalmente! ¡Trata de proteger a su esposa!
Me froté la mandíbula. Había allí algo que no acababa de encajar del todo. La historia era perfectamente lógica y podía, incluso, creerse. Pero, ¿por qué diablos habían empezado por tratar de asesinarme? ¿Qué oscuro embrollo era aquel?
—Esto no me hace ninguna gracia. Proteger a una dama que está a diez mil kilómetros de distancia a costa de mi pellejo, es algo que rebasa mi capacidad del humor.
—No lo sé. Lo único que puedo decirle es que me ordenaron matarle.
—¿Y ahora, por qué viniste aquí?
—Guthrie me dijo que acudiera. Eso es todo.
—¿A qué hora llegará?
—A las nueve.
Consulté mi reloj. Eran las nueve menos cinco.
—Muy bien —dije—. Ponte en pie. Vamos a organizar el adecuado comité de bienvenida.
Una sombra de temor apareció en los hermosos ojos de Fabrizia.
—¿Qué es lo que pretende hacer, Walters?
—Trátame de tú y recuerda que mi nombre es Chuck. Lo demás corre de mi cuenta, ¿de acuerdo?
Fabrizia inclinó la cabeza. Una lágrima rodó por sus tersas mejillas.
—Lo siento —dije con voz ronca—, pero no puedo actuar de otra manera. Has tenido mala suerte de caer entre las dos ruedas de engranaje de una maquinaria. Guthrie es una de las ruedas, yo la otra.
—Comprendo —musitó.
—Camina hacia la huerta.
Fabrizia obedeció. Suspiró hondamente mientras andaba.
Yo me fui al sillón que había ocupado antes.
—Quédate frente a la puerta y no te muevas —dije, encañonándola con la pistola—. Pórtate con naturalidad y escúchame una cosa: Tus padres están en un serio aprieto. Conozco la clase de gente con la cual estás tratando. Son crueles,

despiadados, carentes de escrúpulos y de corazón. Me imagino cuál es el trasfondo de este sucio asunto, pero quiero que sepas algo: mientras pueda, trataré de ayudarte con todas mis fuerzas… siempre que tú me ayudes, ¿estamos?

Ella asintió levemente. Entonces yo me senté en el sillón.

Esperamos dos minutos más. A las nueve en punto se oyó el rumor de un coche que se acercaba a la casa.

El ruido del motor se acalló. Oí después el sonido de una portezuela que se abría y se cerraba. Luego unos pasos rápidos que se acercaban a la casa.

Alguien tocó el timbre.

—Abre —dije con un susurro—. Luego, échate a un lado.

Fabrizia hizo lo que le decía. La puerta se abrió y un hombre penetró por ella.

—¿La señorita Kalmyscz? —preguntó.

—La misma —respondí yo en nombre de la chica—. Ponga las manos sobre su puerco cogote y no intente hacer nada, o le perforaré la pensadora de un balazo.

CAPÍTULO VII

El tipo se detuvo, como si de repente le hubiesen clavado los pies en el suelo. Lentamente, muy a disgusto, puso las manos en la nuca y se quedó inmóvil.

—¿Quién es usted? —preguntó, tragando saliva ruidosamente.

—Simbad el Marino —respondí. Ya me había puesto en pie y avanzaba hacia él—. Fabrizia, ¿es Guthrie?

Con el rabillo del ojo pude darme cuenta de que la chica estaba muy extrañada. No me hizo falta escuchar su respuesta para saber que aquel individuo no era el Guthrie que la había citado allí.

Agarré con la mano izquierda el hombro del individuo y lo hice girar en redondo. Era un tipo de unos treinta años de edad y aspecto corriente, desmentido por unos ojos crueles, de ofidio venenoso En el lado izquierdo del tórax se le veía un prominente bulto.

Apoyé la pistola en su pecho.

—No bajes las manos, no respires siquiera —dije, mirándolo a los ojos. Y rápidamente, con la mano izquierda, le despojé de la pistola, una enorme "Colt 45" automática que infundía pavor solo con mirarla.

Me retiré dos pasos.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —pregunté. Silencio.

Moví la mano derecha, estrellándole el cañón de mi automática contra la mandíbula.

Mientras Fabrizia exhalaba un gemido, el tipo se derrumbó al suelo, sollozando convulsivamente. Le aticé unas cuantas patadas en las espinillas y después de tan convincente tratamiento se decidió a hablar.

—Me enviaron a buscarla —gimoteó.

—¿Quién?

—Mi jefe.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero es saber cómo se llama y dónde está.

—El nombre... Guthrie, eso es todo cuanto sé. Respecto a llevar a la chica, debo conducirla al cruce de carreteras que hay al oeste del Potomac, un poco más arriba de la desembocadura del

Shenandoah. Eso me dijeron… ¡Y que me cuelguen si sé más!

Hice memoria un rato. El cruce aludido está a unos cien kilómetros de Washington. Pero ¿dónde estábamos en aquellos momentos?

No me llevaría mucho averiguarlo. Antes tenía que saber otras cosas.

—¿Cómo te llamas?

—Wehne. Carl Wehne.

—¿Dónde estaba Guthrie cuando te dio la orden?

—En su casa.

—Ya me lo supongo —dije, impaciente—. ¿Y la casa, dónde está?

Me citó una dirección que aprendí de memoria. Bien, me dije, iría a hacer una visita al tal Guthrie. Y le devolvería los sustos que me había hecho pasar, el muy bastardo.

—Ponte en pie —ordené—. Vamos a ir los tres a ver al tal Guthrie.

Wehne se puso muy pálido.

—Me matará —dijo, temblando de miedo.

—Con lo cual, el mundo no habrá perdido nada valioso. ¡Andando!

Wehne se lamió los labios. Miró a Fabrizia, la cual permanecía silenciosa, hierática, sin apenas más que los indispensables movimientos para la respiración.

—Tú también, guapa.

Primero salió el pistolero y después Fabrizia. Yo cerré la procesión.

Nos acercamos al coche. Había allí nada menos que tres: el de Chess y Cutie, el que había traído Fabrizia, un despampanante convertible rojo y crema y un “Cadillac” negro, perteneciente sin duda a Wehne.

—Por medios de transporte no pecaremos —dije—. Vamos a viajar en el “Cadillac”. Tú conducirás, Wehne; la chica y yo iremos en el asiento de atrás.

El pistolero asintió. Abrió la portezuela delantera e inició la acción de sentarse tras el volante. Fabrizia hizo lo mismo con la otra portezuela, pero la accionó con violencia, golpeándome en la mano armada con el filo de la misma.

La pistola voló por los aires, mientras yo lanzaba un sonoro juramento. Y Wehne se arrojó centra mí, sin perder un segundo.

Era tipo de reflejos rápidos. Eso fue lo que le hizo ganar la partida, porque de haberle visto tan solo un segundo antes, su derrota habría sido segura.

Apoyó ambos pies en el estribo y haciendo ballesta con las piernas, se disparó contra mí. Vi aumentar de tamaño su cabeza, hasta llenarme todo el horizonte visible. Una décima de segundo después, su frente chocó contra mi mandíbula con devastador estruendo.

Lo último que oí fue un agudo grito de Fabrizia. Después, me sumí en una oscuridad total, llena de un pavoroso y pesado silencio.

CAPÍTULO VIII

Cuando desperté habían pasado ya dos buenas horas, al menos. Me puse en pie sintiendo una notable hinchazón en la mandíbula, y un enorme aturdimiento de la cabeza.

Miré en torno mío. Estaba solo frente a la casa; hasta los automóviles habían desaparecido. Vi huellas de uno en dirección al río; seguramente, Wehne lo habría arrojado al Potomac con el fin de que yo no pudiera aprovecharlo. Y luego él y Fabrizia habrían ocupado cada uno el suyo, largándose de allí y dejándome tendido en el suelo.

Entré en la casa y busqué un lavabo, donde me refresqué un poco, haciendo que mi cabeza volviera, a la normalidad. Al cabo de unos momentos me sentí lo suficientemente bien para hacer pesquisas.

En la casa no encontré nada que pudiera darme la menor pista. Era una quinta de recreo, situada, según pude ver desde una de las ventanas del piso superior, a unos doscientos metros del Potomac y en su margen derecha. El paisaje me resultaba desconocido, por lo que no pude averiguar el lugar en que me encontraba.

En total, era ya la una del mediodía cuando me decidí a abandonar la casa. Caminé a pie, un poco al bulto, siguiendo el camino particular de acceso a la misma, hasta que, a quinientos metros, salí a una carretera.

Haciendo auto-stop pude llegar a la entrada de Washington. Una vez en la capital, tomé un taxi y me hice conducir a mi morada.

Llegué allí físicamente deshecho. Salvo las dos horas de inconsciencia podía decirse que no había descansado en absoluto, a todo lo cual había que añadir la serie de jaleos en que había tomado parte desde la tarde del día anterior. Tenía mucho trabajo, pero no podía seguir adelante si antes no me tomaba un buen descanso.

Lo primero que hice fue dirigirme al baño y llenar la bañera de agua caliente. Permanecí media hora en sumersión, relajando mis músculos, en tanto pensaba en todo lo que me había sucedido. Al terminar, me sequé y me puse un pijama limpio, tras de lo cual me preparé una soberbia comida que desapareció en diez minutos mal contados.

Después de un par de tazas de café, empecé a sentirme a punto. Solo me faltaba dormir unas cuantas horas y estaría como nuevo. Sabía dónde encontrar a Guthrie, de modo que no corría prisa buscarle.

A continuación, saqué de su escondite el transmisor de radio y marqué las dos cifras convenidas. Mientras esperaba la respuesta, pensé en la doblez de las mujeres. ¡Qué bien había sabido engañarme Fabrizia!

Oí una voz cascajosa al otro lado.

—Cero Cero Uno al habla —dije.

—¡Maldito! ¿Dónde diablos te has metido? —chilló mi jefe—. Hace casi veinticuatro horas que te estoy buscando. ¿Es que no se te ha ocurrido dejar un mensaje grabado con el sitio donde podría encontrarte?

—Por supuesto que lo sé —respondí tranquilamente—. Lo malo es que el tipo que me atizó un leñazo en el cogote no lo sabía.

—¡Qué! Explícate, maldición.

No hay tipo peor hablado que mi jefe cuando quiere echar mano de su repertorio de palabrotas. En un torneo de reniegos se llevaría la banda de campeón, desde luego. Le dejé que se desahogase y luego pregunté:

—Bueno, y todo ese escándalo, ¿a qué viene?

—Escucha, ha desaparecido un científico. Es uno de los colaboradores de Von Braun, el de la V-2, ¿sabes? Había venido a Washington de vacaciones…

—…A visitar a su encantadora hija Fabrizia Kalmyscz, ¿no es eso?

Hubo una pausa de silencio. Luego, mi jefe, explotó:

—¿Cómo lo sabes, rayos?

—Escúcheme un momento, jefe. Después seguiremos hablando —y a continuación le relaté todo lo ocurrido.

Al terminar, me di cuenta de que se quedaba un tanto pensativo.

Añadí:

—Pero no entiendo por qué querían eliminarme a mí. Yo no les he hecho nada ni sabía que iban a actuar. ¿Qué me sugiere usted, patrón?

—Oye, Chuck, ¿te acuerdas de “Rojo-Nueve”.

—Sí, claro. Le liquidé yo en…

—Tengo noticias de que estás equivocado. “Rojo-Nueve” sobrevivió a tus disparos. Y ahora, según nuestros informes, ha conseguido introducirse en nuestro territorio, con intención de llevarse al profesor Kalmyscz.

—De modo que “Rojo-Nueve” está vivo, ¿eh? —murmuré, hondamente preocupado—. Tendré que hacer ejercicios de tiro al blanco; parece que voy perdiendo la puntería.

—Ahora lo que me interesa es que localices al profesor. No sabemos dónde está y, como comprenderás, no queremos perderle. Si no actuamos rápido, “Rojo-Nueve” se lo llevará.

—Me gustaría saber cómo, jefe.

—Es un tipo diabólicamente listo. Fíjate cómo empezó su actuación: tratando de suprimir al único que lo conoce y que puede constituir un estorbo para sus propósitos. Tú, Chuck.

—Sí, ahora lo comprendo. Mira que salvarse ese bastardo. Pero tenemos una circunstancia en nuestro favor: conozco su domicilio.

—¡No me digas, Chuck!

—Claro que ya no acudirá más por allí, pero siempre le suprimimos una base de operaciones. Un individuo que merodea en territorio enemigo, como le pasa a “Rojo-Nueve”, necesita un lugar como base, de modo que si se la eliminamos, le colocamos ya en cierta situación de inferioridad.

—Eso está bien. Dime dónde está la casa.

Se lo dije. Y añadí:

—Ahora, mientras yo me pongo en campaña, averigüe usted dónde vive la chica. Es funcionario del Gobierno, de modo que no le ha de ser difícil obtener ese ñato. ¿A quién le dejará la noticia?

El jefe reflexionó unos instantes.

—Llama dentro de una hora a “Siete-Veintidós”. Usa la clave “Dos-Ocho”.

—De acuerdo —colgué y guardé el transmisor de radio en su sitio.

Acto seguido, empecé a preparar mi instrumental para entrar en campaña. Al diablo el descanso, me dije, mientras ingería un par de tabletas de pervertina con una taza de café.

Media hora más tarde tenía dispuesto el instrumental, estratégicamente distribuido sobre mi cuerpo y bajo las ropas. Cuando estuve listo, presioné un botón situado junto a los otros y

una trampa se abrió en el suelo, bajo mis pies.

Descendí a un sótano, situado al final de una escalera de veinte peldaños. Tenía allí tres coches, siempre a punto: un “Cadillac” negro, un “Alfa-Romeo” sin capota, rojo y un “Nash” corriente, cuyo motor originario había sido substituido por otro con potencia suficiente para remolcar un transatlántico. Elegí el “Nash” y me senté al volante, poniéndolo en marcha en el acto.

El suelo del sótano se prolongaba por un túnel de unos cincuenta metros de largo, al final del cual ascendía hacia una puerta habilísimamente disimulada en el exterior y de apertura automática, por medio de una célula fotoeléctrica, que solo podía ser influenciada si se formulaba con los faros una frase en morse. La frase, naturalmente, era: ¡Ábrete, Sésamo!”

Era ya de noche cuando salí a la calle. Y lo primero que hice fue dirigirme a un sitio donde sabía podía recabar informes de cierto personaje.

El lugar era una cafetería de aspecto intrascendente, regida por un tipo al que llamaremos Joe para no comprometerle. Me acerqué al mostrador y pedí una copa.

Joe me la sirvió, mirándome de reojo. Atendió a dos o tres clientes y luego se acodo en el mostrador.

—¿Sí, Chuck?

—Escucha —dije—, necesito información acerca de un tal Wehne. Carl Wehne, treinta años, aspecto corriente, cabello oscuro, pero con unos ojos que dan frío cuando te mira.

Joe escupió a un lado.

—Le conozco. Viene alguna vez por aquí.

—¿Dónde vive?

—No lo sé, Chuck, te lo digo de veras. Pero sí puedo indicarte dónde vive una fulana muy amiga de él.

—Está bien, desembucha.

—La chica se llama Claralee Batson y vive aquí, a la vuelta de la esquina, en el cuarenta y siete, piso nueve, departamento B. Parece que ella y Wehne son muy amigos.

—Conforme, Joe. Gracias.

Sin terminar la copa, dejé sobre el mostrador, muy bien doblados, tres billetes de diez dólares, tomando nota mental de incluirlos en mi cuenta de gastos. Después me fui a la cabina

telefónica y llamé a “Siete-veintidós”, usando la clave convenida. Así me enteré del domicilio de Fabrizia.

Pero antes quería ver a Claralee Batson. Había podido darme cuenta de que Wehne era de los tipos que solo son valientes cuando tienen una pistola en la mano y que con un tratamiento adecuado hablaría muchísimo. Me interesaba, por lo tanto, dar con el fulano. Y cobrarme el cabezazo que me había propinado tan canallescamente.

Unos minutos después llamaba a la puerta del departamento de la Batson. Esperé cosa de treinta segundos, al cabo de los cuales se abrió la puerta.

—La señorita Batson, supongo —dije.

Era una rubia despampanante ataviada de modo sumario, sin que le importase demasiado dejar al descubierto unas muy interesantes regiones de su espléndida anatomía. Su rostro era hermoso, sin duda alguna, pero tenía los ojos tan duros como el pedernal.

—La misma —contestó secamente—. ¿Qué desea?

—Hablar con usted —manifesté—. ¿Puedo…?

—¡No, no puede! —exclamó abruptamente, cerrando luego la puerta de golpe.

Adelanté el pie, impidiendo que la cerrase. Luego cargué con el hombro.

Sonó un gemido de dolor cuando la puerta cedió con violencia. Claralee Batson rodó por los aires, enseñando unas piernas magníficas, pero al mismo tiempo vomitando un rosario de maldiciones suficiente para hacer enrojecer a mi jefe… ¡que ya es decir!

Cerré la puerta tranquilamente, mientras Claralee se ponía en pie, llamándome de mil maneras distintas y ninguna buena. Como se ponía ya demasiado pesada, me fui hacia ella y le apliqué dos soberanas bofetadas que estallaron como sendos pistoletazos.

Claralee era una fulana dura y no se arredró por los golpes. Al contrario, pareció como si la espoleasen y se lanzó hacia mí con las diez uñas desenvainadas.

Aquello se estaba poniendo feo, conque le aticé un puñetazo en el plexo solar que la dejó sentada en el suelo, sin aliento, abriendo mucho la boca para llenar de aire sus vacíos pulmones.

—Bueno —dije al cabo—, y ahora, ¿he conseguido permiso para entrar?

Me incliné hacia ella y le di la mano para ayudarla a ponerse en pie. Luego la conduje hasta un diván, en donde se reclinó, todavía mareada y sin comprender muy bien lo que la había sucedido.

Busqué una botella, y un vaso, llenando este. Se lo entregué y despachó de un trago su contenido. El color volvió a su rostro.

—¿Qué es lo que quieres de mí, polizonte?

—En primer lugar, no soy un polizonte. Métete bien eso en tu cabeza. En segundo, quiero que me digas dónde vive Carl Wehne.

Me sacó la lengua en son de burla. Traté de hacer acopio de paciencia.

Arrastré una silla hasta situarme a horcajadas frente a la rubia.

—Escucha, nena —dije—, puede ser que quieras mucho a Carl o puede que lo hagas solamente por fastidiarme. Pero voy a hacerte una advertencia: estás metida en un terreno muy peligroso y cualquier día de estos podrías amanecer con la cabeza por un lado y el cuerpo por otro. Este no es un vulgar juego de *gangsters*, sino algo mucho más serio. ¿Me comprendes?

El temor asomó por primera vez a los ojos de Claralee.

—¿Quién eres tú, vamos a ver?

—Llámeme Chuck y no te preocupes de más, nena.

—¿Federal?

—Deja mi empleo en paz. Olvídalo y contesta a mis preguntas: ¿Dónde vive Carl?

—No lo sé.

Encendí dos cigarrillos y le pasé uno.

—Claralee —dije calmosamente—, repito que estás metida en un mal lío. Dime dónde vive Carl y déjate de cuentos. Tienes un cuerpo muy bonito y sentiría mucho que esos tipos te lo convirtiesen en picadillo. Vamos, habla.

—Te digo que no...

—Escucha, nena, no me hagas perder la paciencia. Tengo mucho trabajo por delante y estoy cansado. No aumentes más mi fatiga haciendo que te zurre de nuevo, ¿sabes?

Apretó los labios. De pronto me tiró el cigarrillo y el vaso de licor a la cara, todo a la vez.

Me eché a un lado, esquivando ambos proyectiles. Claralee

había saltado hacia una mesita cercana, estirando ambos brazos para coger un pesado jarrón que había sobre la misma.

Alargué la mano derecha y estampé la palma con todas mis fuerzas contra el lujoso final de su espalda. Claralee soltó un grito, a la vez que caía sobre la mesa, derribándola junto con el búcaro, que se hizo trizas contra el suelo.

Era ágil y se levantó enseguida. La dejé que llegar hasta mí y cuando su mano derecha se disponía ya a dejar cinco huellas sangrientas en mi cara, se la agarré, torciendo el brazo detrás de su espalda con una hábil y rápida llave de judo.

Apreté un poco. Claralee chilló.

—Vamos, suelta ese maldito domicilio —dije— o te romperé el brazo.

—¡Hijo de perra! —contestó.

Hice un poco más de presión. La rubia aulló ferozmente.

—¿Dónde vive ese bastardo?

—En… en la calle F, ochocientos quince… departamento 9-S —jadeó.

—Así está mejor —contesté. Y la hice que se volviera de nuevo hacia mí, propinándola dos magníficas bofetadas que le pusieron las mejillas como tomates—. Eso por haberme hecho perder tanto tiempo. ¡Adiós, guapa!

—¡Púdrete, condenado! —me insultó.

Pero yo ya no contesté a tan generoso augurio; cuando me lo espetó, estaba cruzando la puerta.

CAPÍTULO IX

Abrir una puerta cerrada es un juego de niños para mí, de modo que media hora después de haber dejado a Claralee, estaba en el domicilio de Wehne.

Entré sigilosamente. El departamento estaba a oscuras, pero no quise arriesgarme a revelar mi presencia a sus posibles ocupantes, encendiendo la luz.

Saqué de uno de mis bolsillos una delgada linternilla, no más gruesa que un lápiz y paseé el haz de luz por todos los rincones, sin encontrar nada de particular. Y en vista de que en el vestíbulo no había nada sospechoso, empecé a registrar las distintas habitaciones del departamento.

De pronto, cuando ya me hallaba cerca de la cocina, oí un ruido extraño. Era algo parecido a la respiración de un durmiente y, tras unos segundos de atenta observación, me convencí de que, en efecto, una persona estaba durmiendo en una pieza cercana.

Avancé cautelosamente hacia la habitación. La puerta estaba entreabierta y la empujé lo justo para que me permitiera pasar al otro lado.

Con sumo cuidado, proyecté la luz de la linterna sobre quien dormía, durante un segundo. La sorpresa que recibí fue tan grande como si la linterna se me hubiese convertido inesperadamente en una serpiente de cascabel.

Fabrizia estaba allí, durmiendo tranquilamente en el lecho. Sus negros cabellos estaban esparcidos sobre la almohada, y uno de sus brazos, blanco y bien formado, asomaba por fuera del embozo. Sus ropas estaban tiradas de cualquier manera a los pies de la cama.

Ella no se había percatado de mi presencia en el dormitorio, tan profundo era su sueño. Aprovechándome de la coyuntura, me agaché, registrando su bolso minuciosamente.

Encontré dos cosas que me interesaban: un revólver y un trozo de papel con una anotación: Wilder House. Guardé el revólver, aunque dejando el papel en el mismo sitio en que lo había hallado.

Después me puse en pie y busqué el interruptor de la luz. Fabrizia se despertó fuertemente sobresaltada, sentándose de golpe en el lecho. Sus ojos me contemplaron con expresión de espanto.

—¡Usted! —exclamó.

—El mismo, guapa —dije. Alargué la mano hacia ella—. Pero, cúbrase, por favor.

Fabrizia enrojeció súbitamente. Se subió la sábana hasta el cuello, todavía sin comprender de qué manera había podido llegar hasta ella.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Quién le dijo que yo estaba en este departamento?

—Decírmelo, nadie. Buscaba a una persona y me encuentro con otra, eso es todo. No me gusta verte en el domicilio de un sinvergüenza, Fabrizia.

—Lo siento —respondió secamente—, pero no tengo por qué darle ninguna explicación de mis actos, señor Walters.

—Error, craso error, mi linda muñequita —dije tranquilamente —. Cuando el paradero de un hombre tan importante como tu padre anda en juego, no puedes alegar que te niegas a darme explicaciones de tus actos. Quiero saber la verdad de todo lo que hay en este maldito asunto y tú me puedes ayudar en ello.

—No, no puedo —respondió.

Moví la mano.

—Vístete. Vas a venir conmigo.

—¿A dónde? —preguntó.

—A un lugar donde podamos hablar con más tranquilidad. Este no es muy sano.

—¿Y si no quiero ir?

—Te llevo arrastrándote de los pelos —respondí impasible—. Y lo haré, no te quepa la menor duda. Has disparado contra mí, me has jugado una mala pasada y no estoy dispuesto a que sigas carcajeándote a cuenta mía. De modo que ponte tus ropas y ¡andando!

Fabrizia se dio cuenta de que no le quedaba otro remedio que obedecer.

—Está bien. Al menos, sea caballero y vuélvase.

—Olvídalo, nena —dije—. Sé que no te gustará, pero no tengo ganas de que me hagas otra faena. ¡Fuera de la cama, pronto!

Su rostro se puso muy encarnado.

—Tendrá que sacarme a la fuerza de ella, Walters —dijo retadora.

Fui hacia la cama, sin más. Fabrizia lanzó un chillido y echando las ropas a un lado, se tiró al suelo por el otro.

Quedó en pie, blanca como la pared, mal cubierta apenas por el camisón, con los ojos centelleándole de ira. Entonces me agaché y le arrojé todas sus prendas.

—Vístase —dije, ceñudo—. Le doy exactamente cinco minutos, ni uno más. Si para entonces no ha terminado, entraré.

Salí de la habitación y cerré la puerta. Estaba seguro de que la chica no huiría; el departamento de Wehne estaba en un noveno piso y era de los modernos, lo cual significa que no tenía escalera exterior de incendios. En aquella ocasión, si quería salir por algún sitio, tendría que hacerlo por la puerta en que yo me hallaba situado.

Transcurrieron tres minutos. De pronto, oí que se abría la puerta del piso.

Di media vuelta y me colé de nuevo en la habitación, sorprendiendo a Fabrizia a medio vestir.

—¿Qué significa eso? ¡Todavía no he terminado...!

—Cállese. Viene alguien —dije en voz baja—. Me volveré de espaldas, pero no haga el menor ruido si aprecia su vida.

Saqué la pistola. Eran dos personas las que entraban, charlando animadamente entre sí. A una de ellas la reconocí por la voz en el acto: era Wehne.

El otro debía ser uno de sus compinches y atendía, según pude escuchar, por el nombre de Scramon.

—La chica sabe dónde vive Walters. Ella nos llevará allí —decía Wehne.

—Es un tipo muy peligroso. Debemos andarnos con mucho cuidado, Carl.

Escuché algo muy parecido a un escupitajo.

—Que se ponga a tiro de mi pistola y verá dónde para su peligrosidad —dijo Wehne despectivamente—. Aguarda aquí; voy a despertar a la fulana, Scramon.

—Cuidado —rio el otro pistolero—. Hazlo con suavidad, no se vaya a llevar un susto.

—Para despertar a las hembras me las pinto yo solo —contestó Wehne de buen humor—. Y no te preocupes; ella nos llevará a la residencia de ese bastardo de Walters. Tengo ganas de pescarle por

mi cuenta...

Me eché al otro lado de la puerta, indicando a Fabrizia con el gesto que guardara silencio. La muchacha asintió, terriblemente pálida, mientras forcejeaba por abrocharse los botones de su blusa.

La puerta se abrió.

En aquel preciso instante sonó el zumbador de llamada, antes de que Wehne hubiese tenido tiempo de cruzar el umbral. Yo me agazape, con el dedo sobre el gatillo de la pistola, listo para hacer fuego en el momento oportuno.

Wehne retrocedió. Ni siquiera había tenido tiempo de darse cuenta de que Fabrizia estaba vestida.

—¡Scramon! —exclamó—. ¡Ve y abre!

—Sí, Carl.

Unos momentos después, escuché una voz irritada.

—¿Dónde está Carl? ¡Quiero verle pronto...!

Maldije la oficiosidad de Claralee Batson y, sobre todo, su inoportunidad. Alargué la mano y agarré por el brazo a Fabrizia, atrayéndola hacia mí.

Ella permaneció en silencio, aunque temblando perceptiblemente. En el vestíbulo, Claralee seguía vomitando un torrente de injurias.

—Ese hijo de perra... Me golpeó hasta que no tuve otro remedio, que decirle dónde vives, Carl. ¿Le has visto?

—No, aquí no ha venido nadie. ¿Estás segura de que era el mismo?

—Yo qué sé. Era un tipo corriente, de unos treinta años, con gafas gruesas...

Sonó una maldición.

—Eso quiere decir que ya ha pasado por aquí y se ha llevado a la chica. Voy a comprobarlo.

Escuchamos los pasos acelerados de Carl, el cual irrumpió en la habitación con la furia de un búfalo enfurecida.

Entonces vio el camisón por los suelos y la cama vacía.

—¡Se han ido! —gritó.

Y giró sobre sí mismo, enfrentándose con mi pistola Me puse el dedo izquierdo sobre los labios, indicándole silencio. Luego agité el brazo significativamente, ordenándole que levantara las manos.

Wehne se quedó de piedra. Su nuez subió y bajó

espasmódicamente y un ruido raro brotó de su garganta.

Muy bajito, le dije:

—Llama al otro, anda. Pero no te muevas de donde estás.

El pistolero obedeció.

—Scramon, ven.

Con la mano izquierda aparté a Fabrizia a un lado. Me pegué a la puerta, esperando la llegada de Scramon.

Sonó un taconeo rápido. Alguien cruzó el umbral y recibió un soberbio golpe en el cráneo, propinado con el cañón de mi pistola. Claralee lanzó un chillido y se desplomó sin sentido en el suelo.

Maldije la inoportuna curiosidad de la rubia. Al otro lado de la puerta percibí un extraño sonido.

Salté hacia adelante, colocándome en el centro del umbral. Scramon estaba frente a mí.

Tiré rápido como el rayo. Scramon soltó un aullido y se desplomo, fulminado por el balazo.

Acto seguido giré en redondo, enfrentándome con Wehne.

El pistolero tenía ya la mano en la pistola que llevaba bajo la chaqueta. Sonreí malignamente mientras le encañonaba con la mía.

—Anda —dije con insidiosa suavidad—, saca el arma.

Instantáneamente, el rostro de Wehne se cubrió de finísimas gotas de sudor. Se quedó en el mismo sitio, sin atreverse siquiera a respirar.

Avancé hacia él. De pronto, cuando menos se lo esperaba, levanté la mano y le asesté un tremendo golpazo con el cañón de la pistola en la sien izquierda. Wehne se derrumbó como fulminado por un rayo.

—Y ahora —dije, mirando a Fabrizia—, tú y yo vamos a sostener una muy interesante conversación, pero lejos de aquí. ¡Vamos!

La agarré por un brazo y me la llevé de allí.

Dos minutos después, estábamos ya en la calle y media hora más tarde, los faros de mi coche trazaban en morse la frase mágica de "¡Ábrete, Sésamo!"

Fabrizia no dijo nada, pero era evidente que el modo con que abrí la puerta de acceso a mi garaje subterráneo la impresionó sobremanera. Recorrí lentamente los cincuenta metros de túnel y al fin detuve el coche junto a los otros.

Salté al suelo y apagué la luz de los faros La del garaje

subterráneo se encendía sola, automáticamente, y se apagaría cuando saliéramos del mismo por la escalera que conduce al *living*.

—Puedes estar orgullosa —dije, contemplando la expresión de pasmo que aparecía en su lindo rostro—. No hay muchas personas que conozcan este sitio.

Ella asintió en silencio. Desde que salimos de casa de Wehne, no había despegado los labios.

—Vamos —ordené, indicándole la escalera.

Emprendimos la ascensión. Para abrir la trampa que conduce al *living* es preciso pisar el decimocuarto escalón. De otro modo, no se puede pasar.

Estábamos ya a mitad de camino cuando, de repente, escuchamos voces y pisadas que resonaban por encima de nuestras cabezas.

Extendí el brazo, deteniendo a Fabrizia.

—¡Quieta! ¡No te muevas! —murmuré.

CAPÍTULO X

Subí con cuidado los restantes peldaños, saltando por encima del que hacía el número catorce. Agachado casi en el final de la escalera, pegué el oído al suelo de la trampa.

Esta es muy gruesa, con objeto de disimular en lo posible el ruido a hueco si se pisa por encima de ella. Era, pues, el grosor de la misma lo que me impedía distinguir las palabras que se pronunciaban y también reconocer a los que hablaban, al deformar los sonidos.

Lo único que sabía era que no eran amigos. A mi casa no suelen venir amigos del sexo masculino; si acaso y muy de tarde en tarde, alguna amistad femenina de toda mi confianza. Y mi jefe, por supuesto, jamás. De donde podía deducirse con toda claridad que los que estaban en mi casa eran enemigos míos.

Bajé rápido las escaleras, llevándome a Fabrizia al centro del sótano.

—Hay alguien allá arriba. Me parece que sus intenciones no son nada buenas. Permanece quieta aquí y no hagas el menor ruido.

—Sí —dijo solamente.

Eché a correr túnel adelante. Al llegar a su final, saqué la linternilla y formulé las dos palabras mágicas para abrir la puerta.

Unos segundos más tarde me hallaba en el exterior.

Mi casa estaba a unos cincuenta o sesenta metros de distancia, con algunas de sus ventanas ampliamente iluminadas.

Corriendo silenciosamente, llegué al edificio, apostándome al pie de una de las ventanas. Asomé la cabeza, viendo a tres individuos que charlaban animadamente entre sí.

Uno de ellos era el tipo del espeso mostacho que Fabrizia me describiera. Otro tenía un acusado perfil mongólico y el tercero, en fin, era una especie de elefante humano con dos patas pero sin trompa.

No me cupo la menor duda de que Guthrie estaba allí. Me entraron tentaciones de liquidarlo de un disparo, sin más, pero antes de hacerlo era preciso conocer una cosa: el paradero del profesor Kalmyscz.

El trío hablaba muy animadamente. Pero el cristal impedía oír lo

que decían.

Hurgué en mis bolsillos, sacando una especie de ventosa que apliqué con todo cuidado a la base del vidrio. Enchufé en el dorso de la misma un cordón de unos setenta centímetros de largo, cuyo otro extremo introduje en mi oído. El aparatito era ni más ni menos que un diminuto amplificador de sonido, idéntico al de las receptoras portátiles que usan los sordos para mejorar su audición.

—Vendrán aquí —decía Guthrie muy convencido—. Scramon ha muerto y Wehne ha recibido un buen golpe. Luego, Walters se llevó a la chica. No pueden ir a otra parte.

“Sí que han corrido”, pensé

—Pero, ¿qué diablos de falta nos hace la chica? —barbotó el mongol—. ¿No tenemos al padre?

—La hija debe venir también con nosotros —decretó Guthrie.

—¿Quién es el científico: ella o su padre?

El gigante permanecía silencioso. Era un mero espectador, un ariete de carne contratado especialmente para la operación de ataque.

—Estoy harto de decirte que la colaboración de la chica es indispensable. El profesor le entregó hace tiempo unos cuadernos de apuntes para que los guardase. Necesitamos esos cuadernos, ¿comprendes?

—Entonces, ¿de qué diablos le sirve su cerebro al profesor? —masculló el mongol.

—Todos necesitamos tomar notas de cuando en cuando. De lo contrario, muchas cosas se nos olvidarían. Y ese es, sencillamente, lo que le ha pasado al profesor Kalmyscz. No te preocupes; la pareja debe estar a punto de llegar.

—No me hace gracia tener que enfrentarme con un tipo que se carga a la gente como si fueran buñuelos —se quejó el de los pómulos salientes.

Guthrie se echó a reír.

—Vince está aquí, con nosotros. Él se las entenderá con Walters, descuida. Oye, Vince —se dirigió al gigantón—, mira a ver si encuentras por ahí un poco de bebida.

¡Aquella voz! ¿Dónde diablos la había oído yo antes de ahora?

¿Rojo-Nueve?

Desconecté el micrófono y me lo guardé en el bolsillo. Luego,

rodeando la casa, me acerqué a la puerta de entrada.

Al lado de la misma convenientemente disimulada detrás de unas matas de flores, hay una pequeña placa de metal, que oculta unos cuantos botones de control. Toqué uno de ellos y me puse en pie.

Di la vuelta de nuevo, dirigiéndome al cuarto de baño. Mientras caminaba, tomé nota mental de que era preciso vallar eléctricamente también aquel punto. Era el único de la casa por el cual uno podía entrar y salir cómodamente, sin temor a recibir ningún disgusto... y yo no quería que en cualquier futura ocasión, pudiese surgir otra Fabrizia jugándome una trastada análoga.

Levanté el bastidor silenciosamente, colándome dentro de la pieza. Pisando con todo cuidado, llegué a la puerta del baño.

La abrí ligeramente. Aquellos tipos se estaban bebiendo mis mejores vinos sin ningún escrúpulo. ¡Poca vergüenza!

Avancé hacia el *living*. Finalmente llegué a la puerta de acceso al mismo.

La abrí de golpe, aunque sin hacer ruido. Levanté la voz:

—¿Admitirían ustedes un cuarto invitado? —dije tranquilamente.

CAPÍTULO XI

Una copa se cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Tres rostros se volvieron hacia mí, contemplándome con una misma y absurda mueca de estupefacción pintada en ellos.

—Eso no está bien —exclamé con acento severo—. Acaban de descabalarme un juego de cristal veneciano y luego, ¿quién lo repone?

Sonó un bramido de búfalo enfurecido. Sin temor a la amenaza que constituía mi pistola, Vince se abalanzó hacia mí, mugiendo atronadoramente.

Me di cuenta de que para detener aquellos ciento veinte kilos de carne se necesitaba un cañón de tiro rápido en lugar de una simple pistola. Podría agujerearle el pellejo, pero Vince conservaría aún la suficiente vitalidad como para juntarme el pecho con la espalda.

En lugar de disparar, pues, lo que hice fue levantar y alargar el brazo izquierdo, con rápido movimiento. Volví la palma de la mano hacia arriba, dejándola luego caer ligeramente.

Este es uno de los trucos de que he hablado antes. Un chorro de amoníacos líquido salió al instante del interior de mi manga, alcanzando directamente los ojos del gigante.

Salté a un lado. Vince siguió su carrera hasta que su cabeza chocó contra la pared. El impulso que llevaba era tan fenomenal, que el muro se resquebrajó.

Vince cayó al suelo hecho un ovillo, gimiendo frenéticamente, sin importarle ya otra cosa que sus ojos, hechos polvo por la descarga de amoníaco. Por supuesto, no cegaría ni muchísimo menos, aunque durante algunos días sentiría bastantes molestias.

Los otros dos intentaron reaccionar, pero los frené con la pistola.

—¡Quietos! —dije—. Un solo movimiento más y empezaré a tiros con los dos…

La pareja quedó quieta, delante de mí, como estatuas. El mongol estaba muy nervioso. Guthrie, en cambio, parecía muy sereno.

—Bien —dije—, ya estoy aquí. Creo que me buscaban, ¿no?

Guthrie apretó los labios. El tipo de los pómulos salientes le miró con aire quejumbroso.

—¿Dónde está el profesor Kalmyscz? —pregunté.

Ninguno de los dos contestó. A mis espaldas, Vince seguía quejándose monótonamente.

Me eché a un lado, previendo cualquier reacción inesperada del gigantón.

—Bien —seguí—, ¿de modo que no quieren contestar, eh? —miré a Guthrie—. Usted es Rojo-Nueve, ¿no es así?

—No entiendo de qué me está hablando, Walters —dijo el aludido, levantando los hombros.

—Usted y yo nos hemos visto antes, Guthrie. ¿Dónde?

Nuevo encogimiento de hombros.

—Quizá lo averigüe yo por mí mismo —dije—, aunque me disgustaría tener que emplear métodos violentos. ¿Por qué no me lo dice ya y así nos ahorramos los dos un doble trabajo: usted el de recibir y yo el de propinar los golpes?

Guthrie continuaba manteniendo su obstinado silencio. Di dos pasos hacia ellos.

—Usted, "Pómulos" —me dirigí al mongol—, media vuelta en el acto. ¡Guthrie, las manos en la nuca!

Ambos obedecieron sin rechistar. Entonces me acerqué a Guthrie y de repente, sin previo aviso, estiré la mano izquierda y agarré el mostacho, tirando de aquel montón de pelos con todas mis fuerzas.

Guthrie lanzó un chillido de dolor. El mostacho, era pues, auténtico.

Loco de rabia, Guthrie alzó la rodilla con ánimo de clavármela en la ingle. Pero yo fui más rápido que él y moví la mano derecha, golpeándole en aquella región con el cañón de mi pistola. El individuo se sentó en el suelo, agarrándose la rodilla con ambas manos, en tanto que murmuraba una sarta de obscenas maldiciones.

Retrocedí dos pasos. El gigante seguía quejándose y frotándose los ojos, como si quisiera sacárselos por el cogote.

Levanté la mano.

—Bien —exclamé con voz dura—, esto se ha acabado. O me dicen dónde está el profesor o disparo. No esperaré más de treinta segundos. Y no teman que luego se queje nadie de haber encontrado tres cadáveres en mi casa, será un suceso que no tendrá ninguna publicidad. Vamos, estoy esperando.

Los nervios del mongol saltaron. De modo irrazonable, echó a correr hacia la salida.

—¡No! —chillé—. ¡Se va a quemar! ¡Vuelva atrás!

Era ya tarde. Lanzado como una bala, el fulano arremetió centra la barrera eléctrica

Hubo una serie de chispazos cegadores, con chasquidos semejantes a trallazos s inmediatamente se expandió por la estancia un horripilante hedor a carne abrasada. Fulminado por cincuenta mil voltios de fuerza, el mongol, convertido en una estatua de carbón, se desplomó al suelo sin haber tenido tiempo siquiera de lanzar un grito.

Guthrie era valiente, no es preciso afirmarlo, pero se quedó lívido como un difunto al ver la horrible suerte corrida por su compinche. Hasta Vince cesó un momento en sus lamentaciones, atónito por el espectáculo.

—Ya ha visto la suerte que ha corrido su colega, Rojo-Nueve. ¿Querrá ahora, por favor, decirme dónde está el profesor Kalmyscz?

Guthrie se mojó los labios con la lengua. Su voz salió extrañamente ronca.

—Está en Wilder House.

—¿Wilder House? —repetí. Era el mismo nombre que Fabrizia tenía anotado en su bolso—. ¿Hacia dónde cae eso?

Todavía tenía las manos detrás de la nuca, tal como le había ordenado. De repente le vi cerrar los ojos con gesto rápido.

Intuí que, en cuestión de trucos, el tipo no se quedaba atrás con respecto a mí. Fui a decir algo, pero antes de que pudiera emitir una sola sílaba, una luz deslumbrante brilló ante mis pupilas.

Fue algo parecido a un destello de magnesio, pero infinitamente más potente. Quedé ciego por unos momentos, durante los cuales disparé alocadamente mi pistola, con la vana esperanza de alcanzar al astuto Guthrie.

Ni siquiera podía ver los fogonazos de mi pistola. De pronto, me pareció oír un disparo procedente de un arma distinta.

Antes de que pudiera cerciorarme de ello, sentí un golpe tremendo en la cabeza. La única noción consciente que conservo de aquel momento fue que empecé a girar sobre mis talones.

Pero ya no pude saber si caía al suelo, porque cuando lo toqué, me había desvanecido por completo.



Sentí un golpe tremendo en la cabeza...

CAPÍTULO XII

Me desperté bastante más tarde. Traté de abrir los ojos, pero la luz me hizo daño y tuve que cerrarlos en el acto.

Oí pasos en torno mío. El lado izquierdo de la cabeza me dolía horriblemente. Levantando la mano con cautela, me lo toqué, advirtiendo que tenía puesta una gran cruz de vendas y cinta adhesiva.

—¿Quién anda ahí? —pregunté.

—Soy yo —contestó Fabrizia con acento reposado.

—¿Cómo ha encontrado la entrada? —dije, sin abrir los ojos.

—Oí disparos desde abajo. Subí instintivamente, sin darme casi cuenta de lo que me hacía y al pisar uno de los peldaños se levantó una trampa. Alguien echó a correr entonces; eso es todo lo que sé.

Levanté el párpado derecho. Fabrizia estaba frente a mí, contemplándome sosegadamente, aunque todavía muy pálida.

—¿Viste a los fugitivos?

—No. Solamente les oí correr —respondió—. Y como le vi a usted en el suelo, sangrando por un lado de la cabeza, ya no me preocupé de más.

Me di cuenta de que estaba echado en el diván. Traté de incorporarme, consiguiéndolo a medias.

—Abre ese cajón —señalé.

Fabrizia obedeció.

—Verás una serie de botones. Oprime el rojo.

Ella lo hizo así.

—Ya está cortada la corriente. Ahora busca una manta y tapa aquel pedazo de carbón que hay cerca de la salida. ¿Podrás hacerlo?

—Creo que sí —respondió, esforzándose en mantener la serenidad.

—Le advertí que no corriera. El tipo no quiso hacerme caso... y ya ves las consecuencias.

Fabrizia entró en mi dormitorio y salió al cabo de unos momentos con una manta en las manos, que arrojó sobre los restos del mongol. Luego volvió de nuevo junto a mí.

—Sirve dos copas —dije—. Creo que los dos estamos necesitando un buen trago.

Bebimos en silencio. Al cabo de un rato, Fabrizia preguntó:

—¿Quién era?

—No lo sé. Estaba con Guthrie, eso es todo. Pero quizá puedas identificarlo si lo describo. Tenía aspecto de mongol; ya sabes, pómulos salientes y ojos oblicuos.

Fabrizia hizo un esfuerzo. Al fin contestó:

—No, no lo conozco.

—¿Seguro? —pregunté intencionadamente.

Ella me miro con aire tranquilo.

—Seguro —recalcó.

—Está bien —dije—. Mala suerte para mí. ¿Qué clase de herida tengo?

—Creo que es una rozadura de bala.

—¡Hum! El tipo falló por poco. Una lástima, verdaderamente. ¿Quieres darme un cigarrillo?

Me lo entregó ya encendido Aspiré el humo.

—¿Dónde está Wilder House?

—En la casa donde me encontraste ayer por la mañana —respondió ella.

—¡Idiota de mí! ¡Debí haberlo supuesto! —exclamé, muy enojado—. Pensar que he tenido a tu padre en las manos y no he sabido liberarlo de las garras de esos bandidos...

Fabrizia no mostró la menor sorpresa, lo cual me indicó que ya lo sabía.

—Por lo visto —dije—, no te preocupa demasiado la suerte de tu padre.

—Al contrario —respondió ella—. Me preocupa y mucho. Pero en cierto modo me siento tranquila.

—¿Por qué?

—Mientras esté en los Estados Unidos no le harán ningún daño. Es por mi madre, por quien temo verdaderamente, más que por él.

—Tu padre es húngaro —dije reflexivamente—. Pero tu nombre no lo parece. Es italiano, ¿verdad?

—Sí. Mi abuela materna era italiana y mi madre me puso su mismo nombre, en memoria suya.

—¿Cómo es que tu padre quedó en Budapest?

—Mi padre y yo estábamos en Berlín. Occidental cuando ocurrió la revuelta de 1.956. Ya no quisimos volver a Budapest, eso es todo.

—¡Demonios! ¿Qué clase de científico es tu padre que se lo dejaron escapar los otros?

—Es químico y está desarrollando una nueva fórmula de combustible para cohetes.

—Cuyas anotaciones guardas tú en unos cuadernos. ¿Por qué?

—Los recelos no han abandonado nunca a mi padre desde que se acabó la guerra. A medida que iba realizando experimentos, los anotaba. Es un poco de psicosis derivada de lo mucho que tuvo que padecer en el conflicto pasado. Me lo pidió y, naturalmente, no se lo iba a negar.

—¿Los guardas en casa?

—Sí.

—¿En qué sitio?

Movió lo cabeza.

—Perdone que calle, señor Walters —respondió—, pero solo entregaré esos cuadernos a mi padre

—¿Es que no te das cuenta de que Guthrie y los suyos pueden robártelos?

Una indefinible sonrisa apareció en sus labios.

—Tendrían que demoler la casa y luego desmenuzar los escombros para encontrarlos —contestó.

—Mejor que sea así. Pero, ¿por qué no se han llevado ya a tu padre?

Ella reflexionó un momento.

—En primer lugar, hasta el científico de mejor memoria debe confiar al papel los resultados de sus experimentos. Necesitan, por tanto, esos cuadernos de apuntes. En segundo lugar y, por lo que he podido deducir, estén esperando un medio adecuado de transporte para sacarnos del país sin provocar escándalos. Y en tercer lugar…

—…es necesario eliminar a un tipo llamado Chuck Walters, ¿no es cierto?

Fabrizia enrojeció, bajando la vista.

—¿Por eso te ordenaron matarme?

—Sí —murmuró con voz apenas audible.

—Y tú lo intentaste.

Se retorció las manos desesperadamente.

—¡Oh, Chuck! —exclamó, llamándome por vez primera por mi nombre—. ¿Es que no lo comprendes? Ya no se trata tan solo de mi

padre, sino también de mi madre. Si me hubieran dicho: “Hazlo o te fusilaremos”, me hubiera negado en redondo. Las balas matan instantáneamente y no hay padecimientos. Pero ¿te imaginas a una mujer de más de sesenta años, que ya padece lo suyo estando sola en Budapest, arrancada súbitamente de su casa y enviada a cualquier campo de prisioneros en la Siberia?

—Conforme —murmuró—. Te comprendo. En un caso semejante, yo no sé lo que hubiera hecho. De todas formas, tendríamos que liberar a tu padre de las garras de ese canalla.

—Si lo haces, mi madre morirá en Siberia —dijo ella.

—Lo siento —contesté con voz impersonal—. No hay opción cuando se trata de un asunto como este. Procuraré resolverlo de la mejor manera posible, aunque has de tenor en cuenta que mi Gobierno me ha ordenado rescatar a tu padre a cualquier precio. Si en este momento me ordenaran disparar contra ti, tendría que hacerlo,

El opulento seno de la joven palpitó con cierta violencia.

—¿Lo harías de veras, Chuck?

—Ven —dijo,

Ella se arrodilló junto a mí. Rodeé sus hombros con mis brazos, acercándola a mi pecho. Sentí el tibio calorcillo de su firmo busto y el trémulo latido de su corazón.

—También tú obedeciste a quien te ordenó matarme, querida —dije—. Si me dieran esa orden, te besaría primero y luego dispararía sobre ti. Me dolería mucho, pero no me quedaría otro remedio que hacerlo.

Ella se oprimió contra mí, apoyando su cabeza en mi hombro.

—Y yo no te lo reprocharla, Chuck —musitó—. Te expresaste bien cuando me dijiste que había caído entre dos ruedas dentadas de unos engranajes. He tenido mala suerte, eso es todo.

La miré al fondo de sus grandes ojazos negros.

—Escucha —dije—, voy a cambiarte la suerte. Voy a hacer que sea buena. Pero tienes que ayudarme con todas tus fuerzas, ¿comprendes?

—Si te ayudo, traicionaré a mi madre.

Sonreía con cierta suficiencia.

—Vamos a procurar que no le suceda nada. Para ello es preciso que seamos más astutos que Guthrie. No es americano, ¿verdad? —

pregunté inopinadamente.

—No, desde luego.

—Ya me lo suponía. Entre nosotros se le conoce con la cifra Rojo-Nueve. Ya nos hemos visto en una ocasión anterior, aunque no logro recordar dónde. De todas formas, ello es puramente incidental por el momento. Lo que interesa ahora, es derrotarle.

—¿Cómo lo lograrás?

—Tengo que pensar algo. Es de suponer que sabiendo que yo conozco el paradero de tu padre, se lo hayan llevado de Wilder House. A propósito, ¿dónde estaba, que no le vi cuando estuve en la casa?

Fabrizia sonrió levemente.

—La casa dispone de dos sótanos. Uno de ellos es aquel en que te encerraron a ti. Al otro se llega... ¿recuerdas el comedor donde me interrogaste?

—Sí.

—Seguramente pudiste ver una gran chimenea.

—Es cierto —exclamé maravillado—. Vaya, de tan sencillo ni se me ocurrió pensar en ello

—El muro interno de la chimenea es una puerta que se abre cuando se presiona sobre el tercer ladrillo del muro lateral derecho, contando a partir del suelo.

—Entiendo. Pero, como digo, a estas horas se lo habrán llevado ya de allí.

—¿Y cómo piensas averiguar su paradero? —preguntó ella, muy inquieta.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Ella levantó la esmeralda que cubría su relojito de pulsera.

—Las dos y media de la mañana.

—Es ya muy tarde y necesito verdaderamente unas cuantas horas de sueño, querida.

—Te llevaré a la cama...

—No —dije—, ocúpala tú. Yo me quedaré aquí. Basta que me quites los zapatos y me traigas una manta. Con eso tengo más que suficiente.

—De acuerdo —dijo, e inició la acción de levantarse.

Pero se lo impedí, sujetándola con mi brazo izquierdo por los hombros.

—Un momento, Fabrizia —dije.

—¿Sí, Chuck?

—Acércate más.

Ella obedeció mansamente. Vi brillar en sus ojos una chispa singular.

—Fabrizia, eres muy hermosa.

—Me gusta oírlo de tus labios, Chuck.

Sentí el latir de su corazón muy junto al mío. Mi brazo derecho rodeó su esbelta cintura.

—Me gustan también las mujeres que me saludan a tiros.

—No me lo recuerdes, Chuck —se lamentó.

—Voy a tratar de hacértelo olvidar.

—¿Cómo?

—Así —contesté, apretándola contra mí con todas mis fuerzas.

Ella se quejó suavemente. Pero yo acallé sus quejidos, oprimiendo sus labios con los míos.

CAPÍTULO XIII

Me desperté muy pronto, pese a mi cansancio. Mi subconsciente me dijo que tenía mucho trabajo y, en consecuencia, antes de las ocho de la mañana ya estaba en pie.

Lo primero que hice fue darme una ducha helada que me hizo reaccionar de pies a cabeza. Luego, frente al espejo, renové el apósito de la herida, comprobando que se trataba solamente de un ligero rasguño. Pero me estremecí al pensar que Rojo-Nueve o Guthrie, como se le quiera llamar, había errado solamente por un centímetro.

Luego solté una ligera carcajada. Me imaginé la cara del tipo disponiéndose quizá, a rematarme y viendo en aquel momento que se alzaba la tapa de entrada al sótano. Debió creer que llegaban refuerzos y echó a correr en unión del gigante. Esto le ocurre a cualquiera, por otra parte, un movimiento instintivo de pánico es algo que nadie, por muy avezado que esté a las circunstancias; puede evitar de vez en cuando.

Terminé mi aseo, despachando luego un somero y rápido desayuno. El pedazo de carbón seguía en la entrada. Lo envolví por completo en la manta y lo bajé al sótano, dejándolo allí para enterrarlo más tarde en algún lugar apropiado.

A continuación volví arriba. Renové mi provisión de armamento y trucos —el tubo que disparaba un chorro de amoníaco y que iba sujeto al antebrazo izquierdo, por ejemplo—, después de lo cual, juzgué conveniente un cambio total de ropa.

Entré de puntillas en mi dormitorio. Fabrizia se había puesto uno de mis pijamas y dormía apaciblemente, con ambos brazos fuera de las sábanas y, como siempre, con el espeso cabello negro extendido en un gran abanico en torno a su cabeza. No pude contenerme y me incliné hacia ella, rozándole los labios en un suave beso.

Saqué la ropa fuera. Me cambié en pocos minutos. Después escribí una nota, diciéndole que no se moviese de casa por ningún concepto y que ya la llamaría por teléfono.

Hecho esto, descendí nuevamente al sótano y me senté tras el volante del “Nash”. Un minuto después estaba al aire libre.

Lo primero que hice fue dirigirme al domicilio de la muchacha, indicado por uno de mis colegas dos días antes. Aparqué el coche en sus inmediaciones y cubrí a pie el resto del trayecto.

Subí en el ascensor con toda tranquilidad. Llegué al piso octavo y busqué el departamento 4-D. La casa era de pisos de alquiler, ocupada por funcionarios del Gobierno en su mayoría. Todo el mundo estaba ya en sus oficinas, de modo que no me fue difícil pasar inadvertido.

Entré en el departamento de la forma acostumbrada, esto es, utilizando una de mis ganzúas. Cerré a mi espalda, y antes de actuar, eché un rápido vistazo por todas partes, con el fin de darme una ligera idea de la topografía del terreno.

Recordé una frase de la muchacha. "Tendrían que derribar la casa y desmenuzar los escombros para encontrar los cuadernos". Esto quería decir, sencillamente, que estaban bien escondidos. Bien, sería cosa de poner a prueba mi ingenio.

El departamento constaba de un pequeño recibidor, un comedor-*living*, dos dormitorios: uno grande y otro más pequeño, una cocinita y el cuarto de baño. En resumen, era el piso adecuado para una funcionaría del Gobierno. Ahora era preciso encontrar los cuadernos.

Una hora más tarde suspendí la búsqueda para hacerme en la cocinilla una taza de café y meditar acerca del lugar donde podían hallarse los dichosos cuadernos. Mi primera etapa había resultado completamente infructuosa.

Después de tomarme el café y fumarme un cigarrillo, reemprendí la búsqueda. Empecé a tocar las paredes con los nudillos, buscando algún compartimiento secreto. La labor era tediosa, pero no podía dejar pasar por alto ni un centímetro de pared tan siquiera.

Dos horas más tarde, estaba como al principio, excepto que mucho más cansado. Pero de los cuadernitos... ni rastro.

Me senté unos momentos en el diván. "Tendrían que demoler el edificio... desmenuzar los escombros..." ¡Demonios! ¿Dónde diablos había escondido la chica los malditos cuadernos? ¿Iba a abandonar sin haber podido conseguir mi propósito?

De pronto, mi vista se fijó en un cuadro. Representaba una antigua granja medio en ruinas, en una tarde lluviosa de otoño. El

techo estaba hundido parcialmente y algunas vigas asomaban por entre la estructura semiarruinada. “Demoler el edificio…”

La frase se había clavado en mi cerebro. Demoler el edificio.

¿Estaría allí?

Fui hacia el cuadro y lo descolgué de la pared, tanteándola suavemente con las manos. No se advertía en su superficie la menor solución de continuidad. Si los cuadernos estaban allí, habían sido ocultados con gran habilidad.

Empecé a pegar con los nudillos de las dos manos, alternando en los golpes, con el fin de captar las diferencias de matiz en el sonido. Me pareció que cuando pegaba con la derecha, el ruido era un poco más vibrante, como si debajo del estuco hubiese un hueco casi completamente lleno de algo que no era mampostería.

Para resolver mis dudas no tenía otra cosa que hacer que agujerear la pared en aquel punto. Conque me fui a la cocina en donde encontré un gran cuchillo, con el cual regresé al mismo sitio.

Poco a poco, a fuerza de golpes, hice saltar el estuco. Fue una labor pesada; de haber tenido a mano un pico, la cosa habría terminado en cuestión de segundos. De la otra manera, tardé casi media hora antes de haber podido practicar un orificio de escasamente cinco centímetros de diámetro por diez o doce de profundidad.

Vi una cosa obscura en el interior del hueco. Seguí manejando el cuchillo, ahora con mayor facilidad a cada segundo que transcurría. Poco después, el orificio era lo suficientemente grande como para permitir el paso de un libro de tamaño corriente a su través.

Metí la mano y saqué hasta media docena de gruesos cuadernos con tapas de hule, atados con una cuerda en un sólido paquete. Extraña sicosis la del profesor Kalmyscz. ¿No le habría resultado mucho más cómodo guardarlos en la caja acorazada de un banco?

Pero recordé que el profesor había escapado de un lugar donde ciertas cosas no se respetaban y entonces comprendí los motivos por los cuales se había tomado aquel trabajo. Bien, fuera como fuera, el caso era que los famosos cuadernos estaban en mi poder y que iba a ser muy difícil arrancármelos

Con ellos bajo el brazo me dirigí hacia la salida.

Estaba a punto de agarrar el pomo de la puerta, cuando, de pronto, alguien hizo girar una llave al otro lado de la misma.

Mi reacción fue instantánea. Salté al otro lado de la puerta, escondiéndome tras ella, justo en el momento en que dos hombres penetraban en el departamento de Fabrizia.

Eran Wehne y el gigante, quienes estaban hablando de un tema común: los cuadernos que yo tenía bajo el brazo. Por un momento, me dieron ganas de liarme a tiros con ellos, pero me contuve apenas concebido tal pensamiento. Cabía la posibilidad de resultar herido y entonces perdería aquellos manuscritos. No, era preciso salvarlos a cualquier precio, por lo que, dejándolos pasar por delante de mí, esperé a que se hubiesen alejado unos cuantos pasos hacia el interior de la casa.

Estaban tan seguros de sí mismos, que ni siquiera se volvieron atrás para mirar, al cerrar la puerta. Vince pegó un empellón con la mano y eso fue todo.

Entonces me deslicé suavemente hacia mi izquierda. Hice girar el pomo y entreabriendo la puerta, salí a través de la rendija, después de lo cual eché a correr por el pasillo.

Unos segundos después oí una serie de blasfemias y palabrotas: los gorilas acababan de descubrir el agujero de la pared.

CAPÍTULO XIV

Percibí claramente sus carreras en busca del ascensor. Escondido en un lugar próximo, ya en la escalera, pude verles perfectamente meterse en el ascensor y bajar a la calle a toda prisa. Esto me hizo reír un rato, mientras descendía las escaleras, también con bastante urgencia. Era preciso seguirles a fin de averiguar el lugar adonde pensaban dirigirse.

Cuando llegaba a la calle, vi arrancar un coche negro. Me fijé en su matrícula y en la dirección, hecho lo cual fui en busca de mi "Nash", lanzándome poco después en persecución de la pareja de granujas.

No me costó mucho situar su vehículo. Manteniéndome a una distancia prudencial, rodé tras ellos, dándome cuenta de que se dirigían fuera de la ciudad, en dirección oeste. Fruncí el ceño; ¿iban a volver de nuevo a Wilder House?

Cabía aquella posibilidad, en efecto. El escondite del profesor estaba muy bien guardado y desafiaba a los esfuerzos de los más expertos en la materia. Quizá Guthrie había confiado en ello para no sacar a Kalmyscz de aquella casa.

Mis cálculos resultaron erróneos. Wehne y Vince no se dirigían a Wilder House. A veinte kilómetros de la capital, tomaron por un camino particular que corría en dirección sur.

El camino era muy estrecho. Vacilé en seguirlos; se hubieran dado cuenta enseguida de que les perseguía. En vista de ello, detuve el automóvil unos metros más allá y eché pie a tierra.

El camino estaba, flanqueado por una doble y espesa fila de álamos, cuya base estaba cubierta casi completamente por matorrales. Caminé por el borde del mismo, confiado en que aquella carretera no fuese excesivamente larga. Daba la sensación de ser un camino particular y, por lo tanto, la mansión a la cual conducía no podía estar demasiado lejos.

De pronto, cuando apenas habría recorrido unos cien metros, al revolver una curva, avisté el coche de los pandilleros, detenido a pocos pasos de distancia. Me agazapé tras unos matorrales, con la mano en la culata de mi pistola.

El coche permanecía quieto y silencioso. Forzando la vista, pude

darme cuenta de que no había nadie en su interior.

Este detalle, sin embargo, no me preocupó demasiado. Lo que sí me dejó lleno de estupefacción fue otro mucho más extraño y desconcertante.

¡El camino no conducía a ninguna parte!

Acababa allí, donde se había detenido el “Cadillac” negro. Y no se advertía traza alguna de que continuase en cualquier otra dirección.

Por unos momentos, permanecí en el mismo sitio, completamente aturdido y lleno de asombro. Luego, reaccionando, me encaminé hacia el “Cadillac”.

Miré en torno mío. El panorama que me rodeaba era muy frondoso y la vegetación sumamente abundante. Era un lugar ideal para una emboscada.

Un súbito presentimiento asaltó mi imaginación. Saqué la pistola y miré a derecha e izquierda, temiendo escuchar en cualquier momento el disparo fatal que habría de cortar el hilo de mi existencia.

Después de unos instantes de vacilación, continué mi camino hacia el coche. De pronto, cuando ya estaba a cuatro o cinco metros de distancia, capté con la mirada algo que brillaba.

Era una fina línea reluciente, algo así como un hilo de tela de araña que iba desde la parte delantera del automóvil hasta unos matorrales próximos.

Di un paso más hacia adelante, pero inmediatamente retrocedí otro tanto. ¿Un hilo de araña? No, este insecto no había tenido tiempo de segregar la substancia y tender su hilo del coche a los matorrales. ¿Entonces...?

Busqué en el suelo con la vista, hasta hallar una piedra. Tomé puntería y arrojé el improvisado proyectil contra el punto en que el supuesto hilo de tela de araña se unía al matorral más cercano.

El suelo tembló de repente.

¡BLOOOM...!

Una feroz llamarada surgió del motor del coche, al mismo tiempo que una tremenda detonación conmovía el ambiente. La onda expansiva me golpeó de frente y con dureza, derribándome de espaldas al suelo, en tanto que algunos fragmentos de metal volaban por los aires.

Sacudí la cabeza, aturdido por la explosión. Sentí que un hilillo de sangre me corría por la mejilla derecha. Alguna piedrecita o esquirla de metal, me había rasgado la piel.

Me puse en pie con alguna dificultad, sintiéndome a punto de vomitar. ¿Qué hubiera sucedido de no haberse reflejado el sol en aquel fino hilo de acero?

Comprendí la trampa. Los tipos debían estar escondidos tras los matorrales, esperando que llegase al coche, para dar un tirón al alambre y hacer estallar así la carga explosiva que habían dejado en la parte delantera del "Cadillac". Posiblemente no habían tenido tiempo de conectarla al arranque eléctrico o bien habían considerado más seguro utilizar una espoleta de tirafrictor, el cual debía haber sido del tipo ultransensible, ya que había bastado el ligero estremecimiento causado por la piedra en los matorrales, para hacer estallar la carga.

El "Cadillac" ardía furiosamente. Yo no tenía ya nada que hacer allí, de modo que di media vuelta, maldiciéndome por mi estupidez. Había creído obrar bien, pero aquellos tipos se habían dado cuenta de que les seguía. Eran unos discípulos aprovechados de Guthrie, cuando habían podido preparar aquella mortífera trampa en tan poco tiempo, y con toda seguridad, el mismo Guthrie les habría facilitado los materiales.

De repente me acordé de una cosa. Dejando a un lado lo que me acababa de suceder, di media vuelta y eché a correr.

Cinco minutos más tarde, me detenía. Empecé a insultarme en voz muy baja, llamándome toda clase de cosas fuertes. De no haber sido porque el asunto era demasiado impórtame, yo también habría hecho el coro a las carcajadas que, seguramente, debían estar soltando Wehne y Vince en aquellos momentos.

No solamente se me habían llevado el coche, sino también los cuadernos. Había querido ser previsor y no llevarlos encima, para que no me los quitasen en caso de jaleo y ahora, aquella precaución se había vuelto en contra mía.

Ahorraré la descripción de los esfuerzos que hube de realizar para volver a mi casa. Cuando, al fin llegué, anochecía.

Lo primero que hice fue prepararme un buen trago para disipar mi mal humor. Luego saqué el transmisor y llamé a mi jefe, relatándole de pe a pa todo lo sucedido.

Mi jefe se quedó muy pensativo al escuchar el relato.

—¿Y no sabes dónde está ahora el profesor?

—Hombre —dije—, tendría que ir a Wilder House para averiguarlo. Pero son dos horas de camino y…

—Aunque estuviera en la luna irías ahora mismo, pedazo de imbécil. Tener en la mano los cuadernos de apuntes y dejártelos escapar es algo que no se le ocurriría al más estúpido de mis agentes… salvo a ti.

—Otras veces también me han pasado cosas, pero al final se lo he resuelto todo satisfactoriamente —mascullé—. ¿Qué importan los contratiempos si luego todo sale bien?

—¿Estás seguro de que lo conseguirás? Rojo-Nueve tiene ya las dos cosas que deseaba, Chuck. El profesor y sus cuadernos de apuntes.

—Pero le faltan otras dos.

—¿Cuáles?

—Su hija, una de ellas. La otra es mi cabellera.

—¡Imbécil! Si consigue al primero y sus apuntes, lo demás le importará un rábano.

—Yo creo que no. Tengo la seguridad de que Kalmyscz no querrá salir de aquí si no le acompaña su hija.

—Ellos le obligarán.

—Insisto en que no se irá sin ella. Y sin mi cabellera en su cinturón.

—¿Por qué supones esto último?

—Recuerde: la primera noticia que tuvimos de la presencia de Rojo-Nueve en el país fue la chica liándose a tiros conmigo. ¿Por qué hacerse anunciar así?

—Te tiene miedo y quería eliminarte.

—¿Miedo… o deseos de venganza?

Mi jefe guardó unos momentos de silencio.

—Es posible que sea como dices, Chuck. De todas formas, quiero que esta misma noche te des un vistazo por Wilder House. Y llámame en cuanto hayas regresado, no importa la hora.

—De acuerdo, jefe.

Y colgué.

Permanecí unos momentos pensativo, mientras fumaba un cigarrillo. De pronto recordé una cosa:

¡Fabrizia!

Grité su nombre, sin obtener otra cosa que el silencio como respuesta. Volví a llamarla con idéntico resultado.

Un gélido escalofrío recorrió mi espina dorsal. Corrí hacia mi dormitorio.

Las ropas estaban completamente revueltas y daba la sensación de que se había desarrollado un feroz combate. Vi unas gotas de sangre en el suelo.

Una oleada de ira hirvió en mi pecho. ¡Si le habían hecho algo a Fabrizia...!

Era indudable que aquellos tipos no perdían el tiempo. Seguramente, Fabrizia se había negado a acompañarles, pero ellos la habían obligado por la fuerza. La joven debía de haberse resistido, pero todos sus esfuerzos habían resultado estériles.

Ya no perdí más tiempo. Menos de un minuto después, estaba a bordo del “Alfa Romeo”, más veloz que ninguno de los otros dos, y otro minuto más tarde rodaba hacia Wilder House a ciento sesenta, kilómetros por hora.

El tiempo se redujo a algo más de la mitad del empleado ordinariamente. Antes de llegar a Wilder House, a unos tres kilómetros de distancia, pude distinguir un resplandor rojizo en el horizonte.

Pisé el acelerador, haciendo subir la aguja a ciento ochenta. Unos segundos después, reducía la velocidad a un límite seguro para poder rodar por el caminejo que conducía a la mansión.

Cien metros más allá pude ver el más impresionante incendio que he presenciado en los últimos tiempos

Había coches de bomberos, y de la policía, así como un par de ambulancias, frente a la explanada de acceso al edificio.

Pero ya no había poder humano que atajara los devastadores efectos de las llamas. Wilder House ardía en pompa, desde los cimientos hasta la arista del tejado...

CAPÍTULO XV

Era ya de día cuando llegué a casa cansado y derrengado como nunca.

Llamé a mi jefe.

—¿Sí, Chuck?

—Wilder House ha ardido hasta los cimientos, Los bomberos solo han podido hallar los restos de dos cuerpos humanos. Se trata, sin duda de Chess y Cutie.

—¿Y los demás?

—Ni rastro. Convertidos en humo, como la casa, Rojo-Nueve, el profesor, su hija… y los cuadernos.

Mi jefe guardó silencio unes momentos.

—Chuck —dijo al cabo.

—Sí.

—Ne pueden salir del país por los medios ordinarios.

—Me lo supongo. ¿Emplearán quizá un avión particular?

—Es muy posible. Y luego, en alta mar, un transbordo a cualquier barco de aspecto respetable.

—Esto elimina los aviones terrestres. Necesitarán un hidroavión para poder acuatizar junto al barco.

—Es lo más lógico. Haré que vigilen todos los lugares desde donde pueda despegar un hidroavión particular. ¿Cuáles son tus propósitos ahora?

—Descansar hasta la noche. No puede hacer otra cosa, jefe; compréndalo.

—¿Tienes alguna pista, alguna idea?

—Sí, una… aunque no sé si dará resultado.

—Está bien. Descansa. Pero luego trabaja y echa el resto, ¿eh?

—Lo haré, descuide. Ahora ya no se trata del servicio tan solo.

Sonó una risita.

—¿Tu propio prestigio?

—Algo más.

—Entiendo: la chica.

—Justamente.

—Mala cosa es enamorarse para un agente secreto.

—Eso mismo me digo yo. Pero no puedo evitar ser de carne y

hueso.

—Convendría que lo olvidases en esta ocasión.

—Al contrario Creo que si lo recuerdo, me saldrán mejor las cosas.

—Está bien. Confío en ti. Yo me ocuparé de que vigilen a todos los hidroaviones que parezcan sospechosos. Adiós.

—Adiós.

Después de la conversación, tomé algunos bocados. Me sentía muy abatido, más que por los chascos que me había llevado, por saber que Fabrizia se hallaba en poder de aquellos forajidos. En dos días, como quien dice, me había vuelto loco por ella y la idea de que se la pudieran llevar y no verla jamás se me hacía sencillamente insoportable.

Dormí unas cuantas horas, no muchas, pues estaba muy nervioso. Al fin, a las dos de la tarde me puse en pie y una hora después ya me hallaba de nuevo en campaña.

Lo primero que hice fue buscar a Claralee Batson.

Era lógico suponer que si Rojo-Nueve había destruido su propia base de operaciones, se debía a que tenía otra preparada. ¿Cuál era? ¿Dónde estaba situada? Contestar a estas preguntas era primordial para mí y tenía una debilísima esperanza de que Claralee supiese algo sobre el particular. Claralee era la novia, la fulana o como quiera llamársele de Carl Wehne y cabía suponer, con cierta lógica, que ella supiese algo acerca de él. O por lo menos, que me diera algún indicio que me permitiese encontrar lo que buscaba con tanto afán.

Antes de las cuatro de la tarde, estaba ya llamando a la puerta del departamento de la rubia. Esta tardó un poco más de lo usual en acudir a mi llamada, pero al fin abrió, que era lo interesante

Sus ojos me miraron con dureza.

—¡Tú, maldito granuja! —me espetó apenas me echó la vista encima—. ¿Qué quieres ahora?

—Hablar contigo, es decir, si no continúas demasiado resentida.

Su boca se torció en una mueca de disgusto.

—Resentida es poco —contestó—. Me atizaste un golpe en la cabeza, sin contar los que me habías dado antes, dejaste un fiambre en la casa…

—A lo primero, diré que lo siento mucho. El golpe no era para

tu hermoso guardasesos, te lo aseguro. Y en cuanto al fiambre, bien, los tipos como Wehne saben desembarazarse de ciertos estorbos, ¿no?

—Puede —admitió ella secamente—. ¿Qué es lo que quieres ahora?

Miré a derecha e izquierda,

—Escucha, Claralee, el pasillo no es el mejor lugar para hablar, ¿No te parece que estaríamos mucho mejor dentro de tu departamento?

Vaciló ligeramente.

—Está bien —accedió al cabo, echándose a un lado—. Pasa.

Entré. Ella cerró la puerta con doble vuelta de llave.

Después echó a andar delante de mí, moviendo pomposamente sus rotundas nalgas.

Se detuve en la sala que ya conocía.

—¿Qué quieres beber? —preguntó.

—Dos dedos de whisky. Vaya —exclamé en tono ligero—, parece que se te va pasando el enfado.

Se encogió de hombros. Vestía, como de costumbre, con ropas muy transparentes, cosa que no parecía importarle demasiado.

Me senté en un sillón. Ella trajo dos vasos y me entregó uno, sentándose a mi lado, sobre el brazo del sillón. Olía fuertemente y el perfume que usaba era aturdidor.

—Bueno; desembucha ya —dijo—. ¿De qué se trata?

—De Carl Wehne —contesté, tomando un trago de licor—. ¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Lo dices de veras o tratas de encubrirlo? Mira, Claralee; si crees que soy un tipo de los que disfrutan pegando a las mujeres, estás muy equivocada. Pero no me quedó otro remedio que hacerlo, francamente; y ahora preferiría que nos entendiésemos mejor de otra forma. Necesito urgentemente dar con el paradero de tu novio...

—¡Carl no es mi novio! —me atajó ella, muy indignada—. Merodeó detrás de mí una buena temporada y, la verdad, no me disgustaba del todo. Pero en cuanto le hablaban de boda, salía huyendo como un cohete. De modo que he resuelto mandarlo al infierno.

Sonreí para mis adentros. En medio de todo, Claralee no era mala chica. Su aspecto predisponía a creer todo lo contrario, pero como la inmensa mayoría de las mujeres de su clase, soñaba con un hogar, un esposo y unos cuantos chiquillos. En suma, una romántica, pese a su forma de vestir, de actuar y de hablar.

—Una buena idea —dije—. De todas formas, Wehne tendrá algún sitio donde ir, ¿no?

—Ya te lo dije el otro día…

—Ese no sirve, preciosa. Debe tener forzosamente, algún otro sitio. ¿No tienes tú alguna idea? Piensa, te lo ruego.

Claralee se puso en pie. Cruzó los brazos sobre el amplio busto, sin soltar el vaso por ello, y empezó a pasearse por la estancia.

Yo me acomodé en el sillón. Eran, realmente, un espectáculo confortador; ver a la rubia ir de aquí para allá, moviéndose dentro de un mar de flotantes velos.

Se detuvo de pronto frente a mí.

—No recuerdo, Chuck, te lo aseguro.

Apuré el whisky y dejé el vaso a un lado, sobre una mesita cercana.

—Claralee —dije tranquilamente—, casi estoy por creerte. Sin embargo, quiero hacerte una advertencia, aunque ya te ha hablado algo acerca del particular. Este no es un asunto corriente: drogas, máquinas tragaperras o cualquier negocio de los que suelen llevar los “gangs” entre manos. Es algo mucho más serio, tanto, que Carl no sabe siquiera dónde se ha metido. Cree que va a ganar mucho dinero, pero, en realidad, una vez haya terminado, la persona que le ha contratado le pegará cuatro tiros. Así como suena, Claralee.

La rubia se asustó.

—¿Lo dices en serio, Chuck?

—Absolutamente, nena. Hay cosas con las cuales no se puede bromear jamás y esta es una de ellas.

—Pero… es que no lo sé, Chuck, no se me ocurre nada que pueda servirte. Conozco el domicilio de Carl porque he estado allí algunas veces, pero no sé de otro sitio.

Me mordí los labios. Claralee parecía sincera. Y posiblemente lo era; si había despedido a Wehne, cansado de que este diera largas al asunto del matrimonio, quizá tratara de vengarse de alguna forma del pistolero.

—Está bien —dije. Me puse en pie y saqué del bolsillo un rollo de billetes, de los que separé cinco de a veinte dólares—. Toma cómprate unas flores cuando quieras.

Ella me los rechazó suavemente.

—Chuck —dijo—, me parece que estoy empezando a darme cuenta de muchas cosas ahora. No, no quiero ese dinero. Creo que hasta ahora he estado ciega o poco menos y me alegro de que hayas sido tú el que me hayas hecho ver las cocas con un poco más de claridad.

—De todas formas —contesté—, insisto —y doblando cuidadosamente los billetes, se los deslicé por el escote—. Quizá te gusten más los bombones.

Claralee sonrió de una manera muy diferente a como había sonreído hasta entonces.

—Eres un encanto Chuck. Me gustaría conversar contigo un poco más detenidamente. ¿Cuándo? —preguntó incitante.

—Te avisaré en cuanto disponga de unas horas libres —repuse.

Ella se me acercó y colocó sus manos sobre mis hombros, a la vez que erguía el busto con aire provocativo.

—Tienes aspecto de oficinista, Chuck, pero eres un chico magnífico.

—Gracias por la buena opinión que tienes de mí —y volví a la carga—. Lástima que no sepas más acerca de Carl...

Claralee hizo un gesto de desagrado, acercándose más todavía.

—Que se muera —dijo enfurruñada; y comprendí que todas sus amabilidades se debían en buena parte a una especie de desquite que se estaba tomando conmigo.

El perfume que usaba empezó a marearme. Sus ojos me miraron con atractivo magnético.

Nuestros labios se acercaron. Estaban a punto de unirse, cuando, de pronto, ella se separó de mí, echándome a un lado con terrible violencia.

—¡Cuidado, Chuck! —gritó.

Inmediatamente estalló una detonación. Claralee exhaló un gemido y se derrumbó al suelo con sordo golpe.

CAPÍTULO XVI

El gesto de Claralee me salvó la vida, porque el disparo que ella recibió estaba destinado para mí. Y al empujarme, me sacó fuera de la línea de tiro del intruso.

Este había penetrado en el apartamiento sin que ninguno de los dos, entretenidos en contemplarnos mutuamente, nos hubiésemos percatado de su presencia.

Mientras trastabillaba, saqué la pistola. El fulano estaba frente a mí, a cuatro pasos de distancia.

Corrigió el tiro en el momento en que yo me dejaba caer de espaldas, aprovechando el impulso inicial recibido de Claralee. Mientras caía, empuñé el arma.

La tercera bala del individuo se clavó en el suelo, junto a mi costado izquierdo. Tiré contra su estómago y se lo atravesé al primer disparo.

El fulano cayó de rodillas, oprimiéndose las tripas con la mano izquierda. Levantó otra vez la pistola, pero no le dejé repetir el tiro. Al segundo de mis disparos, su cabeza estalló como un melón maduro.

Me puse en pie, enfundando el arma. Fui hacia el pistolero, volviéndole de espaldas con el pie. No le conocía.

En aquel momento sonó un quejido. Me volví rápidamente.

Claralee yacía de espaldas en el suelo y trataba de incorporarse. Corrí hacia ella, arrodillándome a su lado.

Pasé un brazo por detrás de sus hombros, incorporándola ligeramente.

Tenía el rostro blanco como la nieve. Su mano izquierda se crispó repentinamente sobre el lugar por donde le había entrado el proyectil.

Aparté la mano con suavidad. Rasgué el breve tejido que cubría su pecho, dejando la herida al descubierto. Inmediatamente comprendí que era un balazo mortal.

El proyectil había penetrado baje el seno izquierdo. Sangraba muy poco, lo cual indicaba que la hemorragia era interna. No sobreviviría;

Ella se quejó.

—Chuck... tenías razón.

—Lo siento, nena —dije. Y era sincero.

—Ese Carl... siempre fue un canalla... En un principio me dejé deslumbrar...

—¿Conoces al muerto? —pregunté. La vida se le iba a chorros y sus respuestas podían serme muy útiles.

—Era... un amigo de Carl... Duskey era su nombre... Estoy segura de que Carl lo envió a liquidarme... para que no hablara....

Fruncí el ceño.

—¿Hablar? Pero, ¡si no sabes dónde está! —exclamé.

Claralee sonrió levemente.

—Lo... lo he recordado ahora... Es curioso, no se me había ocurrido pensar que podía... podía estar allí...

Jadeaba penosamente y su pecho subía y bajaba con rapidez.

—¿Donde, Claralee? —pregunté a gritos.

—Fue... hace unas semanas... Carl me invitó a pasar con él unos días... Nos hicimos unas fotografías como... como recuerdo...

—¿Dónde?

Su mano subió hasta mi mejilla. Ya tenía los ojos vidriados.

—En... en...

El brazo se le cayó de pronto. Cerró los ojos y dobló la cabeza a un lado. Murió sin un suspiro, calladamente, como si se durmiera tranquilamente.

Dejé su cuerpo en el suelo. Una fría cólera hervía en mi interior. En aquellos momentos hubiera deseado tener a mano a Carl Wehne para estrangularlo lentamente. Claralee había sido una perdida, pero, en los últimos momentos y aunque no hubiese actuado más que por despecho, había tratado de ayudarme.

Y a mí siempre me ha gustado ser agradecido con quienes de una forma u otra, me han ayudado en alguna cosa. Pero ya no podía hacer nada por demostrar mi agradecimiento a Claralee.

Es decir, sí pedía hacer algo. Liquidar a Wehne. Matar al individuo que la había asesinado para que no hablara.

La última frase me hizo ponerme en pie de un salto, come si hubiese sufrido una descarga eléctrica. Wehne no quería que Claralee hablase. Luego ello significaba que la rubia sabía dónde se escondía el pistolero.

Miré a Claralee. Parecía dormida y en sus labios exangües

flotaba una indefinible sonrisa que dulcificaba sus facciones duras, más por la costumbre de pelear con la vida que por naturaleza propia.

Nos hicimos unas fotografías… como recuerdo…

¿Dónde estaban las fotografías?

Empecé a buscar por todas partes. Al cabo de unos minutos, hallé un *secretaire*, cuyos cajones violenté sin ningún escrúpulo. En uno de ellos encontré un álbum de fotografías.

Al final del mismo había una serie de estampas. Claralee estaba en todas ellas, luciendo su espléndida anatomía, enfundada en una serie de explosivos bikinis. En dos o tres de ellas se veía a Carl Wehne.

El fondo de la fotografía variaba según fuese la vista. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que habían sido hechas a la orilla del mar

Una de las vistas había sido tomada, indudablemente, desde una lancha. Claralee aparecía al extremo de un pequeño embarcadero de madera, sostenido por gruesos pilotes del mismo material. A mitad del embarcadero se veía una casa, también de madera, suspendida sobre las aguas. A juzgar por lo que se observaba, era un lugar para pasar las vacaciones. Pero ¿dónde estaba situada aquella casa?

Y de repente me acordé de la conversación sostenida con mi jefe.

Guthrie no podría llevarse a sus prisioneros por medios ordinarios. Emplearía un hidroavión… y aquella casa era un sitio ideal para utilizar tal medio de transporte.

¿Dónde estaba situada la casa?

Busqué el teléfono y llamé a determinado número.

—Habla Cero Cero Uno —dije.

—Siete Veintidós —contestó una voz.

Di la dirección de Claralee.

—Hay dos muertos —dije—. Desearía que los hicieran desaparecer sin ruido.

—Muy bien —contestó el tipo del otro lado de la línea, sin extrañarse en absoluto de la noticia—. Se hará como dice, Cero Cero Uno.

—Todavía hay más. No puedo avisar al jefe desde aquí.

Prevéngale que iré a verle en persona a su casa.

—No le gustará.

—Que se aguante —respondí. Y colgué el teléfono. Miré a Claralee una vez más. Me arrodillé junto a ella y tomé los cien dólares que aún llevaba encima. Saqué una libreta y un lápiz y escribí en ella una breve nota.

Arranqué la hoja, con la cual envolví el dinero, que dejé en su mano derecha. La nota decía, simplemente:

PARA FLORES

—Adiós, chica —murmuré silenciosamente.

Y salí.

Poco más tarde estaba en el bar de Joe.

El dueño advirtió mi preocupación. Situó una copa frente a mí y luego me ofreció un cigarrillo.

—Gracias, Joe —dije.

—Le veo triste, Chuck

—Es cierto. Acaba de morir una buena chica.

—¿Quién?

—Claralee.

El semblante del *barman* se contrajo.

—Lo siento. ¿Cómo ha sido?

—Un balazo. Se lo disparó un tipo llamado Duskey.

Joe se estremeció.

—¡Duskey!

—¿Lo conocías tú?

—Sí. ¿Qué le ha pasado? Ha dicho “lo conocías”, Chuck.

—Exactamente. Mató a Claralee antes de que tuviera tiempo de meterle dos balazos en el cuerpo.

Joe escupió a un lado.

—Era un mal bicho. Muy amigo de Wehne.

—Entonces, tiró a gusto contra mí.

—Sí.

De pronto se me ocurrió una idea. Me había llevado las fotografías de Claralee y Wehne.

—¿Conoces tú el lugar donde tiraron estas placas?

Joe las examinó detenidamente, una por una.

Al fin sacudió la cabeza en actitud negativa.

—Lo siento, Chuck —respondió.

—Es una lástima, porque estoy seguro de que Wehne debe estar allí.

—Crea que lo lamento de veras, jefe. ¡Oiga! —exclamó de pronto—. ¡Ya sé quién se lo puede decir!

—¿Estás seguro?

—Sí —me dio una dirección—. Vaya a ver, allí vive la esposa de Duskey.

—¿Era casado?

—Supongo. De ella sé que se hace llamar señora Duskey.

—¿Qué aspecto tiene?

—Pelirroja, muy llamativa. Pero tenga cuidado con ella. Claralee era un ángel a su lado.

—Una víbora, vamos.

—Sí, téngalo por seguro. Es de las que se desayunan todos los días con un par de tazas de vitriolo para corregir su acidez estomacal.

Guardé las fotografías.

—Así me gustan a mí las mujeres —dije, poniéndome en pie. Dejé una moneda sobre el mostrador, pero Joe la rechazo.

—Invita la casa —dijo.

CAPÍTULO XVII

Llamé a la puerta de la casa donde vivía la señora Duskey.

El edificio era viejo y no olía a rosas precisamente. Carecía de ascensor y hube de tragarme a pie las cuatro plantas que separaban el suelo del piso donde vivía la individua.

Toqué el timbre. Esperé.

Sonó una voz al otro lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Un amigo de Carl —respondí.

No se me ocurrió decir amigo de su marido; estaba seguro que la fulana haría más caso del nombre de Carl que del de su propio esposo.

La puerta se abrió unos centímetros. Vi una pupila verde y un poco más atrás una cabellera llameante.

—No le conozco —dijo.

—Acabo de entrar a formar parte de la banda —manifesté—. Me llaman Chuck “El Rompehuesos.”

La puerta giró dos centímetros más. Ello me permitió ver la mitad de un busto explosivo, mal cubierto por una bata que precisaba con urgencia de los servicios de un buen detergente.

—¿“El Rompehuesos”? Yo diría más bien “El Oficinista” —contestó la señora Duskey ácidamente.

—A su gusto —dije—. ¿Puedo pasar?

—Dígame desde ahí lo que quiere, Chuck o como se llame.

El tono era duro, acerado. Joe tenía razón; aquella mujer era dinamita pura.

—¿No puede ser ahí adentro? —murmuré, insinuante, agitando delante de ella unos cuantos billetes.

En esto cometí un error. Un amigo de Carl no hubiese empleado nunca el soborno. La fulana lo advirtió y quiso cerrar.

Me dije que era ya hora de pasar a la acción directa. Conque usé el hombro y la individua saltó disparada hacia atrás.

Cerré la puerta a mis espaldas. La señora Duskey intentó ponerse en pie, sin importarle mucho la exhibición de unas magníficas piernas, que no cuadraban demasiado con la retahíla de injurias que me soltaba.

No podía perder mucho tiempo. Saqué la pistola y apunté a su estómago.

La mujer calló en el acto. Sus ojos se desorbitaron durante unos segundos.

—Usted no es amigo de Carl —balbuceó al cabo.

—Claro que no. ¿Quién puede ser amigo de esa rata de albañal?

—Entonces, ¿a qué ha venido?

Saqué las fotos con la mano izquierda y se las entregué.

—Mírelas.

La pelirroja obedeció. Un minuto después me las devolvió.

—Son Carl y su chica.

—Eso ya lo sé. Ahora, lo que me interesa es saber el lugar donde fueron impresionadas estas placas.

Se encogió de hombros.

—Nunca he estado ahí —respondió.

—Posiblemente sea cierto. Yo tampoco he estado en Siberia y sé dónde está.

—Conmigo pierde el tiempo, polizonte.

Moví la mano izquierda. La pelirroja estuvo a punto de caerse al suelo, pero se mantuvo en pie.

—No quiero negativas —dijo secamente—. Dígame dónde está esa cabaña.

Los ojos le ardían.

—¡Muérase, hijo de perra!

—Eso es algo que tengo prohibido por ahora, hermanita —dije. Y su cara se puso tan colorada como el pelo que cubría su cráneo.

—Granuja indecente —barbotó—. Ustedes, los policías, son todos iguales. Se creen que por el simple hecho de llevar una placa en el bolsillo ...

Pensé durante unos instantes en Claralee primero y luego en Fabrizia. Esto me dio ánimos para guardarme la pistola en el bolsillo y echarme sobre la pelirroja.

Creo que Joe había exagerado un poco sus cualidades combativas. Por supuesto, se resistió fieramente y hasta me pateó las espinillas; pero cuando le machaqué un pie con el tacón de mi zapato, sus ardores belicosos se enfriaron un tanto.

Al final pude colocarle el brazo detrás de la espalda. Sujeta de esta manera, me la llevé al cuarto de baño, colocándola frente al

espejo.

Había allí un vaso que contenía los cepillos de dientes. Tiré estos al suelo y luego golpeé ligeramente los bordes del vaso, hasta dejarlo dentado, todo ello sin soltar el brazo de la fulana.

A continuación le acerqué el vaso a la mejilla izquierda.

—Eres bastante guapa, no hay que negarlo; pero, a juzgar por lo que he podido ver, solo tienes tu belleza como único capital. ¿Te agradaría perderlo?

—Mi marido me quiere...

—Deja en paz a tu marido. Además, me gustaría de verdad que me enseñases el certificado de matrimonio. Pero ahora lo que quiero es que me digas en qué lugar está esa cabaña de pesca.

—No lo sé.

Apoyé los bordes astillados en su piel. Al sentir el contacto del vidrio, su rostro tomó el color de la ceniza.

—Estás equivocada si crees que bromeo, pelirroja. Voy a repetirte la pregunta una vez más. Si no la contestas, te rajaré primero el lado izquierdo de la cara. Después, seguiré con el otro y así... Bueno, hay mucho campo para actuar con el vaso. ¿Dónde está la cabaña?

Se rindió.

—Cerca del Dismal Swamp, a veinticinco kilómetros al sur de Virginia Beach, al este del estrecho de Currituck.

Solté el brazo y tiré el vaso a un laño.

—Gracias, preciosa —dije. Y añadí—: Por bien de tu linda cara, espero que me hayas dicho la verdad.

Ella se frotó la muñeca dolorida, mientras sus ojos me contemplaban con ira.

—Ojalá se tope con mi marido y le pegue cuatro tiros.

—Lo veo un poco difícil —sonreía—. Hace un par de horas tuve yo el gusto de hacer con él eso que acabas de desearme. Solo que no necesité emplear cuatro cartuchos; con la mitad hubo más que suficiente.

El color huyó del rostro de la pelirroja.

—¿Es... es cierto? —dijo con un balbuceo.

—Rigurosamente verídico. Lo siento, señora Duskey, pero su esposo no me dejó otra opción. ¡Adiós!

Y me marché, sin darla tiempo a reaccionar.

De allí me encaminé a casa de mi jefe. Este me recibió de uñas.

—Bueno —explotó apenas me tuvo delante—, ya es hora de que se te vea el pelo.

—Lo siento, jefe. Estuve trabajando.

—Ya lo sé —contestó sarcásticamente—. Has trabajado tanto que te has dejado escapar la última posibilidad que teníamos de encontrar al profesor Kalmyscz.

—¿Se refiere usted a la rubia asesinada?

—¡Claro! ¿A quién si no? Era la novia de Carl Wehne y murió.

—Antes de morir tuvo tiempo de hablar —dije.

Mi jefe reside en una casa amueblada con gusto, sin estridencias.

Mientras le dejaba recuperarse de la impresión recibida con mis últimas palabras, me fui hacia un severo armario de nogal y lo abrí de par en par. Preparé dos bebidas y le llevé una.

Mi jefe se tomó la suya de un trago.

—¿Claralee habló? —dijo.

—Así es —contesté. Y le enseñé las fotos.

—¿Son suyas?

—Y de Carl.

—Era muy guapa.

—Sí. Ha sido una lástima.

El jefe me miró.

—¿Están aquí, en la cabaña?

—Creo que sí.

Estiró la mano hacia el teléfono.

—Quieto —dije—. No se precipite. Todavía tenernos mucho que hablar.

—Está bien —concedió el jefe—. ¿Qué es lo que tienes que decirme?

—Sé dónde está esa cabaña de pesca. Se lo saqué a la viuda del tipo que mató a Claralee. Pero no podemos ir allí en tromba.

—¿Por qué? Bien rodeada de agentes...

Fruncí el ceño.

—Imagínese que soy yo y que tengo secuestrado a un individuo, para traérmelo aquí. Imagínese también que me cercan de tal modo que me doy cuenta que no tengo escape. ¿Qué haría yo en una situación semejante?

—Le pegarías un tiro primero a él y luego tú te saltarías la tapa

de los sesos.

—Piensa igual que "Rojo-Nueve", jefe —contesté, sorbiendo un poco de licor.

—¿Entonces...?

—Es preciso ser más listo que él. De lo contrario estoy perdido.

—Bien, ¿qué me sugieres entonces?

—Lo primero que necesito es una buena canoa, bien prevista de combustible. Necesitaré, probablemente, algunos explosivos. Usted ya sabe cómo los uso yo. Prismáticos, un rifle...

—Desde luego. Pero ¿y si cuando llegas a la cabaña se han ido ya?,

—Es muy posible. No obstante, creo que siguen allí todavía. De todas formas, el tiempo es muy justo —le señalé el teléfono—. Dé orden inmediata para que impidan acuatizar ningún hidroavión en las cercanías de la cabaña. Está al este del Dismal Swamp, a veinticinco kilómetros al sur de Virginia Beach.

—Conforme.

Mi jefe marcó unas cifras en el teléfono y luego habló rápidamente. Al terminar, colgó y me miró.

—Ya está. ¿Qué más?

—Ordene que me preparen esa canoa y luego otra cosa que le diré. Escuche...

El jefe abrió los ojos

—¡Demonios! Chuck, si ese tipo te echa la mano encima, vas a correr un riesgo tremendo.

—Lo sé. Pero esa es una trampa con la cual pienso desorientarle.

El jefe movió la cabeza.

—No sé, no sé —dijo con aire dubitativo—. "Rojo-Nueve" es muy astuto y no se dejará cazar por un truco tan burdo.

—No pretendo engañarle a él, en realidad, sino al profesor y su hija. Con eso tengo suficiente.

—De acuerdo. Lo haré como dices. Pero no me falles esta vez.

Descubrí un cómodo diván no lejos de allí. Busqué un periódico y me tendí en el diván. Me cubrí los ojos con el periódico.

—Despiérteme cuando tenga todo listo —dije.

Y un minuto después roncaba ruidosamente.

CAPÍTULO XVIII

Mi jefe me despertó varias horas más tarde.

—Chuck.

Tiré el periódico a un lado. Bostecé.

—Me ha despertado en lo mejor. Ahora que Fabrizia y yo nos íbamos a dar un beso… ¿Qué pasa?

Con su expresión más grave, el jefe me tendió un papel.

—¿Eres adivino? —preguntó.

Leí el contenido del papel. Luego le miré muy serio.

—¿Por qué lo dice, jefe?

—Tú quisiste que te preparase una noticia falsa. Bien, ha resultado ser cierta.

—¡Demonios!

Salté del diván, completamente aturdido.

—Parece increíble —murmuré.

—Lo acabo de recibir hace unos momentos, Chuck. Ya no necesitarás engañar a los Kalmyscz.

—¡Pobre Fabrizia! —murmuré—. Lo va a sentir mucho.

—Me lo supongo. Bueno, ya tienes todo listo. ¿Cuándo marchas?

—¿Dónde está la canoa?

—Aguardándote en el muelle de Virginia Beach, junto al Club Náutico. Es blanca, con una banda azul a todo lo largo del casco. Su nombre es “Cormorán” y habrá un marinero a bordo. La contraseña es el mismo nombre de tu chica.

No pude contener una sonrisa.

—A usted le insultan con mucha frecuencia, pero es porque no le conocen bien. En el fondo es un romántico.

—Sí, tienes razón. Por eso te mantengo en el servicio, en lugar de echarte a patadas.

—Gracias, jefe…

Me oprimió el brazo afectuosamente.

—Eres el único hijo de mi hermana Annie —dijo—. Cuídate. No siempre dura la buena suerte.

—Con tenerla esta vez me bastará.

—Cuando vuelvas ya me encargaré yo de que la tengas buena para siempre.

Enarqué las cejas.

—¿Significa eso que me va a apartar del servicio activo?

—Te enviaré a una oficina. Ya has corrido bastantes peligros, Chuck

—Eso no me gusta.

—Bueno, ya te acostumbrarás.

—Lo veo difícil.

El jefe sonrió picarescamente.

—Hay alguien que te obligará a abandonar esta vida de sobresaltos continuos. A menos que me hayas mentido acerca de tus sentimientos hacia la chica.

Suspiré.

—Es cierto. No había contado con ella.

—No querrá que su marido ande por ahí jugándose el pellejo. Deseará verte llegar todos los días a las seis de la tarde, harto de papelotes, pero vivo, ¿comprendes?

—Comprendo. Bueno, alguna vez tenía que ser la última. Adiós.

—Hasta la vista, Chuck. Eso está mejor dicho.

—De acuerdo.

Salí. El “Alfa-Romeo” estaba en la puerta. Monté en el coche y lo puse en marcha.

De casa de mi jefe a Virginia Beach hay unos doscientos ochenta kilómetros. Habían pasado ya las dos de la mañana y era preciso correr si quería llegar al muelle de Virginia Beach antes del alba.

Los kilómetros fueron quedando atrás, devorados por la potencia de mi coche. Afortunadamente, era una hora en que el tráfico se había reducido al mínimo. Solamente se veían camiones de transporte de gran tonelaje, a todos los cuales adelantaba como si estuviesen clavados en el terreno o bien los cruzaba como una exhalación. Me imagino a sus conductores llamándome toda clase de perrerías, pero esto era algo que me dejaba perfectamente indiferente.

Alcancé Fredericksburg, a ochenta kilómetros de Washington, en cuarenta minutos. Reduje la marcha notablemente al cruzar por la ciudad, para no verme en apuros con algún celoso policía, y una vez fuera de ella me lancé de nuevo a todo gas, conservando la media de ciento treinta a ciento cuarenta casi de continuo.

Ashland quedó a mi derecha treinta minutos después. Diez más

tarde entraba en Richmond. Al llegar a Petersburg, sobre el Appomatox, quince minutos después, derivé hacia el sudeste, siguiendo la ruta de Suffolk.

Había salido a las dos y cuarto de Washington. Llevaba ya una hora y tres cuartos de marcha, de modo que eran ya las cuatro de la mañana.

De Petersburg a Suffolk hay noventa kilómetros, que mi coche devoró en cuarenta y cinco minutos exactamente, manteniendo los ciento veinte de media. A las cinco menos cuarto en punto hacía mi entrada en dicha ciudad.

Ya solo me quedaban cincuenta kilómetros. En el último tramo hube de reducir forzosamente mi velocidad. Después de Suffolk vinieron Portsmouth, Norfolk y, por fin, a las cinco y veinte detenía el coche junto al Club Náutico de Virginia Beach.

Ya empezaba a amanecer. Era la hora ideal para aquellos que desean pasar un día entero de pesca en el mar. Salté del coche y empecé a mirar los costados de las embarcaciones.

Pronto descubrí la que buscaba. Era un "chriscraft” de doce metros de eslora, con puente superior y cámara completamente cerrada. Tenía las líneas tan finas como las de un galgo de carreras y ofrecía una sensación de potencia y seguridad tremendas.

Había un tipo sentado a medias en la borda, fumando un cigarrillo con aire filosófico. Me acerqué a él...

—Oiga, amigo, ¿esta lancha, es de una tal Fabrizia?

El hombre me miró y sonrió.

—Así se llama su dueña —dijo—. Pase.

Crucé la plancha de un salto y puse los pies sobra el suelo de la embarcación.

—Venga conmigo —dijo el hombre.

Descendimos unos cuantos peldaños y bajamos a la cámara. Me enseñó unos cuantos aparatos y paquetes diseminados por les divanes de la misma.

—Ahí tiene todo lo que pidió. ¿Quiere examinarlo?

—Lo veré en alta mar —contesté—. Ahora me basta con saber que está todo a bordo.

—Desde luego. Hemos trabajado de firme en el arsenal de Newport News hasta ponerlo todo a punto. Arriba, junto al puente de mando tiene unos prismáticos y el transmisor de radio. Este solo

tiene una longitud de onda, de moco que en cuanto lo utilice, le pondrán en contacto directo con el Viejo.

Me quité la chaqueta y agarré un rifle dotado de mira telescópica.

—Gracias, amigo —dije—. Eso es todo.

El tipo me miró con admiración y, si no fuera por parecer inmodesto, diría que hasta con envidia.

—¿De veras no necesita ayuda? ¿Quiere que le acompañe?

—Gracias, pero este es un pastel que he de comerme yo solito. Ande, váyase a dormir y déjeme que yo lo haga a mi manera.

—A su gusto. Bueno, ahí le dejo. Suerte.

—Gracias ¡Adiós!

El individuo saltó al muelle. Soltó amarras y, tras agitar la mano, se alejó silbando tranquilamente “Swannia River”.

Subí al puente, dejando el rifle apoyado en un rincón. Di el gas y moví la palanca de arranque.

El motor de la “Cormorán” respondió al instante. Hubo en la popa un repentino burbujeo y luego la canoa empezó a alejarse lentamente del muelle.

Navegué a poca velocidad mientras aún estaba en el puerto. Al cruzar la embocadura aumenté la velocidad a ocho nudos, marcha que subió a doce unos minutos después, cuando inicié un viraje para tomar el rumbo sur.

Examiné los indicadores; los tanques estaban llenos de combustible y podía pasar largas horas en el mar si era preciso. No obstante, esperaba que al terminar el día hubiese concluido también mi labor.

Cuando ya hube fijado el rumbo, trinqué el timón y descendí de nuevo a la cámara. Había, entre otras cosas, un par de cañas con los adminículos correspondientes, las cuales me servirían para desempeñar el papel de pescador ocioso. También había unos cuantos paquetes, que no eran otra sosa que cargas explosivas por si las necesitaba. Coloqué las espoletas en su sitio, dejándolas listas para funcionar en cualquier momento, después de lo cual trepé de nuevo al puente.

Navegaba a unas dos millas escasas de la costa. Me di cuenta de que la distancia era un tanto excesiva y viré oblicuamente hacia el sudoeste, quedándome a menos de una milla. Saqué los gemelos y

empecé a explorar el terreno mientras la “Cormorán” ganaba espacio a razón de doce nudos a la hora.

A las siete menos cuarto divisé en la costa una cabaña y un pequeño embarcadero. Reduje la marcha al mínimo y escruté atentamente el paisaje.

Era la misma cabaña de la fotografía, no me cupo la menor duda. Estaba situada en el lado oriental de la barra arenosa que cierra el estrecho de Currituck, al otro lado del cual se encuentran los terrenos bajos y pantanosos del Dismal Swamp, en medio de los cuales está Elisabeth City. Esta ciudad dispone de aeropuerto, pero no era preciso ser muy listo para suponer que no lo utilizarían. Si pensaban usar un aeroplano, tendría que ser hidroavión y amarar en el estrecho o bien en el mar abierto.

La cabaña estaba igualmente sustentada por gruesos pilotes de madera. Había una escalera que llevaba a la superficie de las aguas y amarrada a la misma un pequeño bote a motor. No se percibía la menor señal de vida en el interior de la cabaña, aunque estoy seguro de que en aquellos momentos alguien me estaba vigilando atentamente a través de unos prismáticos.

Decidí empezar a desempeñar mi papel. Era preciso buscar el modo de acercarse a la cabaña sin despertar sospechas. Si lo hacía a pecho descubierto y ellos estaban todavía allí, corría el riesgo de ser recibido a tiros. Y esto no me convenía en absoluto.

Detuve el motor y, yéndome a proa, largué un ancla flotante, con el fin de no moverme del sitio. Confiaba en no ser reconocido; en mangas de camisa y con los faldones de la misma por fuera, y con el sombrero echado sobre los ojos, era difícil que aun con unos prismáticos supieran que era yo el que les estaba acechando.

Saqué una caña, puse cebo en el anzuelo y me senté en la popa tranquilamente. Si llegaba un hidroavión desde el aire y acuatizaba en las cercanías, tendría que verlo indefectiblemente. Y sabía que en la case de Newport News había un par de reactores con los pilotos listos para despegar, apenas cinco minutos después de que yo hubiese dado el aviso por radio.

Pasó una hora, dos, sin la menor novedad. De vez en cuando, echaba un vistazo a la cabaña desde el interior de la cámara, donde no podían verme vigilándoles con mis prismáticos. La cabaña permanecía obstinadamente cerrada.

Empecé a pensar que mi corazonada había fallado. ¿Y si se habían ido a otro sitio?

Después de tomar un bocadillo frío y una cerveza caliente, cosas ambas que me supieren a demonios, volví a sentarme detrás de la caña. Eran ya las doce del mediodía y aún no había pasado nada... ni nadie.

De repente, cuando menos, lo esperaba, el agua burbujeó de un modo extraño a corta distancia de la canoa. Grandes pompas de aire surgieron a la superficie, rompiendo con blandas explosiones.

En los primeros momentos me quedé sumamente asombrado e, incluso, llegué a asustarme, pensando en los antiguos monstruos de la mitología marina. Los recuerdos del “kraken” o calamar gigante, de la serpiente de mar y tantos y tantos animales fabulosos, acudieron en el acto a mi mente.

Paro no se trataba de un animal más o menos fantástico, ni siquiera de una ballena o un mal tiburón. Era nada menos que un submarino, cuyo periscopio emergió fuera del, agua a unos cincuenta o sesenta metros de distancia de la canoa.

CAPÍTULO XIX

En un instante lo comprendí todo. ¿Para qué utilizar un hidroavión, cuando tenían un medio mucho mejor y más seguro y, sobre todo, infinitamente más discreto? Aquello explicaba la cabaña junto al mar y el bote a motor que había amarrado al pie de la misma.

Llegaría la noche, el submarino emergería a la superficie a una hora determinada y los prisioneros serían transferidos a su borda, junto con "Rojo-Nueve". Y ahí se habría acabado la historia.

Pero yo estaba allí para impedirlo. Antes de permitir que se llevasen a Fabrizia lejos de mí para siempre, era capaz de arrasar medio mundo con mis manos, cuanto más un trío de canallas como el que guardaba prisioneros a la chica y a su padre.

Continué fingiendo mi papel de pescador. Estaba seguro de que el comandante del submarino me había avistado. Hice ver que no había advertido su presencia a medio centenar de metros de distancia. Tenía que haberme notado a la fuerza; no hay comandante de submarino que al subir la cota periscópica no haga un barrido visual de trescientos sesenta grados con el instrumento, a fin de reconocer todo el horizonte.

El periscopio desapareció de pronto de mi vista. Entonces, actuando con la celeridad del relámpago, entré en la cámara y extraje una de las cargas, que arrojé al mar, después de haber puesto en funcionamiento la espoleta.

Por supuesto, no pensaba hundir al submarino. Ni me interesaba tampoco. Lo único que quería era decirles que había alguien que vigilaba y que deseaba que abandonasen aquellas aguas. La explosión sería un aviso formal y si el comandante del sumergible tenía dos dedos de frente, se largaría de allí en el acto, temiendo un ataque con fuerzas más potentes.

Esperé hasta diez segundos. Algo tronó sordamente en las profundidades del mar. Instantes después, una gran burbuja de aire afloraba a la superficie.

Largué otra segunda carga. Dentro del submarino debían estar locos al percibir las explosiones. Me imaginé al comandante dando órdenes a voz en cuello, haciendo afondar la nave a toda máquina y

tratando de escapar a mis cargas a toda velocidad.

Y entonces, cuando todo hubo vuelto a la normalidad, adopté una resolución un tanto heroica. O desesperada, como se le quiera llamar. Quizá me movía la impaciencia o acaso era que ansiaba comprobar si Fabrizia se hallaba verdaderamente en la cabaña.

Bajé a la cámara y estuve manipulando durante un buen rato con la última de las cargas. Pasó una hora casi entera antes de que me diera por satisfecho. Al concluir, subí al puente y puse el motor en marcha.

La canoa arrancó en dirección a la costa, marchando rectamente hacia la cabaña. A cien metros de la costa, paré el motor. Con el impulso que llevaba era más que suficiente para llegar hasta el embarcadero.

Efectué las últimas operaciones en dos segundos. Luego conduje la "Cormorán" hasta el lado norte del embarcadero, maniobrando para situarme al lado del bote a motor. Deliberadamente había dejado un poco más de impulso.

La proa de la "Cormorán" arremetió contra el costado del bote, astillándole y hundiéndolo en un santiamén. El crujido se oyó perfectamente.

Sonaron pasos por encima de mi cabeza. Alguien empezó a gritar desaforadamente, cubriéndome de injurias.

Levanté la cabeza. Wehne me reconoció en el acto y se quedó de piedra.

—Hola, Carlitos —le dije sonriendo—. ¿Qué tal por aquí?

—¡Usted! —barbotó—. ¡Maldito bastardo!

Sacó una pistola y me encañonó con el arma.

—¡No se mueva o lo frío! —me intimó.

Levanté los brazos.

—Mi querido gorila, vengo precisamente para entregarme, de modo que es inútil que me amenaces con el arma. ¿Puedo subir?

La escalera daba directamente a una trampa que se abría en el piso de la cabaña. La escotilla se abrió y un rostro enorme apareció por ella, detrás de una pistola de pavoroso aspecto.

—Suba —dijo la ronca voz del gigante.

Obedecí en el acto. Unos momentos después me hallaba en el interior de la cabaña.

—Vigílalo, Vince —ordenó Carl.

Mantuve las manos en alto mientras era sometido a un exhaustivo registro. Mi pistola pasó a manos de Carl.

Este me miró perversamente.

—Tiene usted suerte —dijo—. El jefe no está. De lo contrario, nos hubiera ordenado que le despachásemos.

—¿No te atreves a obrar por tu cuenta, Carlitos? —pregunté, mordazmente.

Su rostro se congestionó. Por un momento creí que iba a golpearme, pero supo contenerse.

—No tengo ganas de ruido. Además, por ahora, tampoco he recibido instrucciones con respecto a usted. ¿Cómo supo lo de la cabaña?

Le miré con severidad.

—Claralee tuvo tiempo de hablar antes de morir. Me dijo algo de una cabaña, unas vacaciones y una cámara fotográfica. El resto fue fácil.

—¿Y Duskey?

Agaché la cabeza.

—Pobre —dije. Y añadí—: Su viuda ha sentido enormemente tener que recurrir al tintorero para enlutar los vestidos.

—¡Le ha matado! —exclamó Vince.

—Claro. ¿Estaría aquí si no fuese así? —repuse. Volví la vista hacia Wehne—. Carlitos, en cuanto pueda te retorceré el cuello como a un pollito. Podría perdonarte muchas cosas, pero no la canallada que hiciste con Claralee.

El pistolero se encogió de hombros.

—Sabía que tarde o temprano, me delataría. Conque resolví suprimir un estorbo, eso es todo.

—Pero tú no te atreviste a ir en persona. Me tenías miedo, ¿no es cierto?

El rostro de Wehne blanqueó súbitamente.

—¡Cierre el pico, hijo de perra! ¡Yo no le tengo miedo a usted ni a nadie!, ¿me oye?

Me hurgué el oído con el dedo meñique.

—No soy sordo, Garlitos —y sonreí—. Te portas igual que los chiquillos cuando tienen que atravesar una habitación a oscuras. Gritan para alejar el miedo y demostrarse a sí mismos que son valientes.

—Es igual —farfulló el pistolero—. Basta de charla. El jefe no tardará en venir. Mientras tanto, le voy a encerrar. Quizá se distraiga con la compañía que va a tener.

Miré al gigante.

—Vince, ¿sabes en el lío que te has metido?

—¿Qué es lo que quiere decir usted, Walters? —preguntó el tipo, un tanto extrañado.

—Escucha, este no es un asunto corriente. Allí adentro tenéis una persona secuestrada. O tal vez son dos ¿Cuántas, Carlitos?

—Una —contestó hoscamente el forajido—. La otra vendrá luego con el jefe.

—Bien —continué—, como decía, el negocio en que os habéis metido es muy distinto de los que soléis trabajar en otras ocasiones. Se trata, nada más ni nada menos, que de hacer pasar a esa persona al otro lado del telón de acero. Ya no es el FBI el que se interesa por el profesor Kalmyscz, sino el Gobierno en pleno. Y en esta clase de negocios, si os pescan con las manos en la masa, no hay jueces, ni jurados ni abogados truquistas a lo Perry Mason.

Vince se ablandó.

—Demonios, Carl, eso no me lo habías dicho tú. Solo hablaste de un rescate.

—Cállate, idiota —farfulló Wehne—. Este condenado “fed” está tratando de ponerte nervioso. No le hagas caso, y enciérrale junto al tipo que está ahí al lado.

—Cuidado con lo que haces, Vince —le advertí—. Ese tipo es un científico muy importante para el Gobierno y no creas que nos lo vamos a dejar escapar así como así. Todavía estás a tiempo de ganarte el pellejo si me ayudas. De lo contrario...

El cañón de la pistola de Wehne me golpeó súbitamente en un pómulo, derribándome al suelo. Sacudí la cabeza para alejar de delante de mis ojos las nubes rejas que habían aparecido de repente.

—¡Cállese, bocazas! —me increpó el pistolero.

Traté de sentarme en el suelo. Sentí que la sangre me fluía por un lado de la cara, pero no hice nada por restañarla.

—Vince —dije—, ¿no has oído antes dos explosiones sordas a unos mil o mil doscientos metros de distancia?

El gigante sacudió la cabeza afirmativamente.

—Aunque Carlitos lo niegue, no es cosa de broma. Había un

submarino esperando allí para llevarse al profesor y a la chica. Yo lo he espantado con un par de cargas explosivas. No irás a pensar que estaba pescando con dinamita, ¿verdad?

Mis argumentos empezaron a hacer mella en el débil ánimo de Vince.

—Carl, esto no me gusta —dijo.

—¡Qué! —aulló Wehne—. ¿Te vas a rajar ahora? Son cinco mil los que te esperan cuando todo haya terminado. Este tío irá a parar al agua. ¿Quién diablos te va a acusar entonces?

—Mis compañeros —respondí plácidamente—. Saben quiénes sois. Cualquier día te encontrarás con un cuchillo entre los omóplatos o amanecerás con la yugular cortada, Vince. Y puedes estar seguro de que nadie perseguirá al que te liquide.

El gigante empezó a refunfuñar.

—Este tipo tiene razón, Carl. Vámonos ahora que todavía estamos a tiempo.

—Recuerda los cinco mil —insistió Wehne.

—¡Al diablo el dinero! —estalló el gigante—. Me gusta mucho, pero más me agrada conservar intacto el pellejo. No puedo obligarte a que me sigas; si te quieres quedar, eso es cuenta tuya, Carl. Pero yo me largo.

Los ojos del pistolero centellearon.

—¿Es esa tu última palabra? —preguntó.

—Sí —contestó Vince resueltamente.

—Entonces —dijo Wehne con siniestro acento—, ¡adiós!

Y a boca de jarro le disparó dos tiros al centro de la frente.

Vince se quedó un instante inmóvil, con la boca desmesuradamente abierta, como si no creyera en lo que acaba de sucederle. Dos chorros de sangre le corrieron por la cara.

De pronto se le doblaron las rodillas. Cayó de bruces al suelo y ya no se movió.

Wehne se volvió hacia mí, contemplándome con demoníaca expresión. Por un instante temí que disparara de nuevo su pistola y me apresté a saltar hacia él, corriendo cualquier riesgo, antes de permitir que me fusilara a mansalva.

Pero se contuvo y sonrió.

—Habrá visto que no me arredran sus lindas palabritas, Walters. Está bien, vivirá hasta que llegue el jefe, pero no creo que...

Se interrumpió. El motor de un automóvil acababa de sonar a corta distancia.

CAPÍTULO XX

El coche se detuvo al otro lado de la cabaña, en la parte de tierra.

—Ponga las manos en la nuca —dijo Wehne ásperamente— y vuélvase de cara a la pared.

Obedecí. Por el momento no tenía otro remedio.

Escuché pasos precipitados por el trozo de embarcadero que unía la cabaña con la lengua de arena. Unos momentos después se abrió la puerta y una persona entró trastabillando con violencia.

—¡Entra, perra! —dijo una voz bronca.

Fabrizia gimió primero. Luego exhaló un grito de espanto al ver el cuerpo tendido de Vince, sobre un lago de sangre.

—¿Quién es este tipo? —preguntó Guthrie, muy sorprendido de verme allí—. ¿Qué ha sucedido?

—Vuélvase —me ordenó el pistolero;

Hice lo que me decían. Fabrizia se tapó la boca.

—¡Chuck!

—Hola, querida —sonreí. Miré a Guthrie—. ¿Qué tal, "Rojo-Nueve"?

El rostro del aludido se deformó.

—Carl, habla. Estoy esperando una explicación.

—El tipo vino en una canoa —contestó el pistolero—. Se entregó sin oponer resistencia, pero luego empezó a hablar. Volvió loco a Vince y tuve que pegarle dos tiros. Eso es todo, jefe.

Guthrie me miró malignamente.

—Esta vez se ha caído con todo el equipo, Walters —dijo—. No me dejaré sorprender como en la anterior ocasión.

¿Dónde había oído yo su voz?

—¿Está seguro? —pregunté burlonamente.

Su rostro se crispó un momento. El odio pareció segarle, pero se rehízo.

—Juzgue por usted mismo —contestó—. No lleva armas encima y, por si fuera poco, su chica está al lado. Si intenta jugarnos alguna de sus habituales malas pasadas, ella será la primera en recibir una buena dosis de plomo. ¿Has oído, Carl?

—Sí, jefe —asintió el pistolero, volviendo su arma hacia la

muchacha.

—De todas formas —dije—, usted no podrá escapar de aquí, Guthrie.

—Lo afirma demasiado rotundamente. No solo me iré, sino que me llevaré también al profesor y a su linda hija. Ninguno de los dos quiere irse sin el otro… bien, les complaceré. ¿O es que piensa usted emplear alguno de sus trucos mágicos para impedirlo?

Me recosté en la pared, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Dos, Guthrie.

El fulano enarcó las cejas.

—Diga, Walters.

—Uno de ellos es… —miré a la muchacha—. Lo siento por ti, Fabrizia, pero no tengo otro remedio que decirlo con brusquedad.

Ella respiró con fuerza.

—Habla, Chuck —dijo.

—Vamos —exclamó Guthrie—, le estoy esperando.

—Usted contaba con llevarse al profesor y a su hija, especulando con la señora Kalmyscz, ¿no es cierto, Guthrie?

—Admitámoslo —contestó secamente.

—Bien, ya no es necesario que haga presión apoyándose en semejante extremo. La señora Kalmyscz falleció hace tres días a consecuencia de una bronco-neumonía.

Fabrizia escondió el rostro entre las manos.

—¡Miente! —barbotó Guthrie.

Me volví de espaldas a la pared.

—Carlitos, en el bolsillo posterior del pantalón tengo un radiograma. Sácalo, por favor —solté una risita—. No tengas miedo; no contiene magnesio ni nada por el estilo.

—Obedece, Carl —dijo Guthrie broncamente.

Las manos del pistolero me tantearon la ropa. Cuando hubo obtenido lo que deseaba, me volví.

—Vigílalos, tú —dijo Guthrie, mientras leía el radiograma. Al terminar, lo arrugó, tirándolo con violencia a un ledo—. Eso es un infundio, una de sus trampas, Walters —masculló.

—Es cierto —repliqué. Me dirigí a la chica—. Lo siento, Fabrizia, es rigurosamente auténtico. Pensaba fingirlo, pero la realidad me ha ganado.

Los ojos de Fabrizia llamearon.

—Ahora no nos iremos con usted bajo ningún concepto —exclamó—. Antes nos obligó a actuar en contra de nuestra voluntad, especulando, como ha dicho el señor Walters, con la vida de mi madre. Si está muerta, ya no tiene ningún objeto para nosotros obedecerle.

La mano de Guthrie se crispó en torno a la pistola.

—Usted y su padre vendrán de todas formas —dijo, ceñudo—. Admito el fallecimiento de su madre, pero hemos llegado ya a tal extremo en que no me puedo volver atrás.

Me eché a reír.

—¿Cómo piensa llevárselos, Guthrie? —pregunté—. ¿Volando, como los pájaros?

—Eso es algo que no le importa y qué no verá usted, se lo aseguro, Walters.

Me miré las uñas un instante.

—Hace una hora, más o menos, había un submarino merodeando a menos de una milla. Le espanté con un par de cargas bien dirigidas. No le habrán hecho el menor daño en su estructura, pero estoy seguro de que su comandante ordeno dar avante a toda máquina y no va a respirar tranquilo hasta verse-al otro lado de los Dardanelos.

El rostro de Guthrie se demudó.

—¡Eso es una burda mentira! —aulló.

—Carlitos escuchó las explosiones. Pregúnteselo. ¿A santo de qué iba yo a entretenerme lanzando cargas de no haber visto el periscopio del submarino?

Guthrie miró a Wehne. La actitud del pistolero era harto elocuente.

—Está bien —decretó al cabo—. Puede que sea verdad lo que dice. De todas formas, me llevaré al profesor y a su hija.

—¿De qué forma? —pregunté, impávido—. La carretera a Virginia Beach está bloqueada. Y hacia el sur no hay más que arena y luego el mar. ¿A dónde piensa dirigirse, Guthrie?

El individuo estaba muy pálido,

—Sea como sea —dijo—, esta vez no me dejaré ganar la partida. En una, ocasión, me ganó usted, Walters; incluso ahora, me ha derrotado tres o cuatro veces. Pero al final he vencido —sus ojos brillaron con un odio despiadado, inhumano—. Ahora me voy a

cobrar los balazos que usted me metió en Varsovia. ¿Lo recuerda?

Respingué. De modo que era él. No le había reconocido, ¿cómo iba a reconocerlo después de haberse hecho transformar el rostro?

—Vaya —dije chanceramente—, conque sobrevivió, ¿eh, coronel Pulaski?

Su pistola me apuntó rectamente.

—Sí, pero cometió un error: marcharse sin asegurarse bien de que estaba muerto del todo. Yo no cometeré ese error, Walters.

Su dedo se curvó sobre el gatillo. Era evidente que estábamos llegando al momento de las grandes decisiones.

Me froté los pies contra el suelo, como si estuviera nervioso. Carlitos no me había registrado los zapatos. Las punteras de estos empezaron a soltar estampidos como de traca.

Wehne se sobresaltó enormemente. Lo mismo le pasó a Guthrie, el cual, sin embargo, empezó a tiros conmigo.

Una de sus balas me rozó el hombro izquierdo cuando ya me abalanzaba sobre él. Mi cabeza chocó contra su mentón, derribándole al suelo, fulminado en el acto.

Wehne quiso disparar contra mí. Lo hubiera conseguido, a no ser porque, valientemente, Fabrizia le arrojó el bolso al rostro, haciéndole perder el equilibrio.

Me apoderé de la pistola de Guthrie. Un momento después, Wehne se desplomaba con dos balazos en el vientre.

Guthrie se sentó en el suelo. Me arrodillé a su lado, poniéndole la pistola a dos dedos de sus narices.

—Esta vez no fallaré, coronel Pulaski. Es usted un tipo audaz y hábil, sin duda alguna; y hubiese conseguido sus propósitos de llevarse al profesor y a su hija, sin duda alguna, de no haber sido porque olvidó uno de los principios elementales en todo agente secreto: jamás debe dejarse uno llevar por los sentimientos personales. Usted me odiaba desde que le derroté en Varsovia y le puse a las puertas de la muerte. Quería desquitarse a cualquier precio, pero esto ha sido su perdición, ya que de no haber enviado a la señorita Kalmyscz contra mí, nadie se hubiera enterado de su arribada clandestina a los Estados Unidos. Su carrera ha terminado, coronel y le aseguro que ahora no fallaré.

Guthrie-Pulaski tenía el rostro lívido. No habló cuando yo terminé mi perorata.

Y hubiese apretado el gatillo, de no haber sido porque Fabrizia apoyó su mano en mi antebrazo.

—Chuck —musitó—, ¿le vas a matar a sangre fría?

Contemplé unos instantes aquellos enormes ojazos que me miraban con aire compasivo.

—Un agente secreto debe carecer de sentimientos personales —refunfuñé.

—Entrégalo a las autoridades. Ellas le castigarán. Pero no le mates así, Chuck.

—Está bien —empecé a decir, y en aquel momento, Pulaski me apartó la pistola de un manotazo.

Lancé un juramento. Quise recuperar el arma, pero el fulano ya había atravesado la puerta.

Dio la vuelta al embarcadero y saltó a la canoa, desamarrándola en un santiamén. Hizo arrancar la embarcación y salió de estampía.

Fabrizia me miró compungida.

—¡Oh, Chuck, ha escapado por mi culpa! —dijo—. Nunca me lo perdonaré.

Oprimí su mano afectuosamente.

—Olvídalo —dije, con acento benigno.

La canoa se dirigió rectamente a alta mar. Aceleraba constantemente, levantando con la proa una enorme bigotera de espuma.

En el puente, Pulaski se volvió. Agitó la mano burlonamente.

Este fue el último gesto que hizo. De pronto, un relámpago de luz roja brotó del centro de la embarcación.

La canoa voló en mil pedazos, sonó una espantosa explosión.

Los trozos de la canoa empezaron a caer al agua. Se produjo un pequeño remolino y luego todo se aquietó en torno.

—Espero no haber fallado esta vez —dije entre dientes.

Fabrizia temblaba como una niña y se apretó contra mí, hundiendo su cara en mi pecho,

—Vámonos —dije.

Ella asintió. Abrimos la puerta del encierro de su padre y nos lo llevamos con nosotros. El profesor parecía muy asombrado de verse sano y salvo.

—Puede tranquilizarse —le dije—. Todo se ha terminado ya.

Salimos fuera de la cabaña. Entonces vimos un coche que corría

hacia nosotros a toda velocidad;

El jefe en persona venía, con tres agentes armados hasta los dientes. Les traspasé al profesor; a mí me interesaba más quedarme a solas con su hija.

El jefe me guiñó un ojo.

—La chica queda a tu cuidado —dije—. Cuando hayas terminado la luna de miel, ven a verme. Recuerda que te espera una oficina tranquila...

—Conforme.

Fabrizia y yo, ocupamos el coche de Pulaski. Tardamos bastante en volver a hablar.

—Tengo que hacerte aún dos preguntas —dije, después de un buen rato.

—Sí, Chuck.

—¿De dónde venías con Pulaski?

—Quería ganar tiempo como fuera. Sabía que tú me buscarías, pero quizá anduvieses corto de tiempo. Entonces, de acuerdo con mi padre, le engañamos, diciéndole que aún tenía dos cuadernos más de notas y que eran el complemento indispensable de los que te quitaron a ti Wehne y Vince. Cayó en la trampa.

—Y conseguiste lo que deseabas —aprobé—. ¿Fueron a buscarte a mi casa?

—Sí —suspiró—. Primero me trajeron aquí, donde ya estaba mi padre. Después volvimos a Washington. Y al regreso... ¿Cuál era la otra pregunta, Chuck?

—Esta: ¿Cómo tú, una simple empleada del Gobierno, puede usar joyas semejantes?

Fabrizia sonrió débilmente.

—Los complejos de mi padre. Gana bastante y apenas gasta. Todos sus ahorros los invertía en joyas para mí. Siempre temía una depreciación de la moneda, ¿comprendes?

—Entiendo —asentí.

Guardamos silencio. No era necesario ya que hablásemos. Ambos nos compenetrábamos perfectamente.

Como así sería en lo sucesivo.

FIN

APARECERA LA PROXIMA SEMANA EN ESTA COLECCION

Silver Kane

O. A. S.



Selecciones





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION

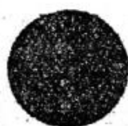
CIRCULO ROJO



CRIMEN, S. A.
LA MAFIA
ANTOLOGIA DEL CRIMEN
T-MEN
EL MUNDO DEL DELITO
LIBRO NEGRO DEL CRIMEN
HOLLYWOOD ES MI REINO
LOS AÑOS SIN LEY
LIBRO NEGRO DEL CASTIGO
SEPTIMO INFIERNO
OPERACION BERNHARD
EL ROBO DEL SIGLO
INTERVIENE SCOTLAND YARD
PATRULLA ESPECIAL
INTERPOL
LOS ASESINOS
DELITOS DE SANGRE

Los archivos policíacos abiertos para Usted.

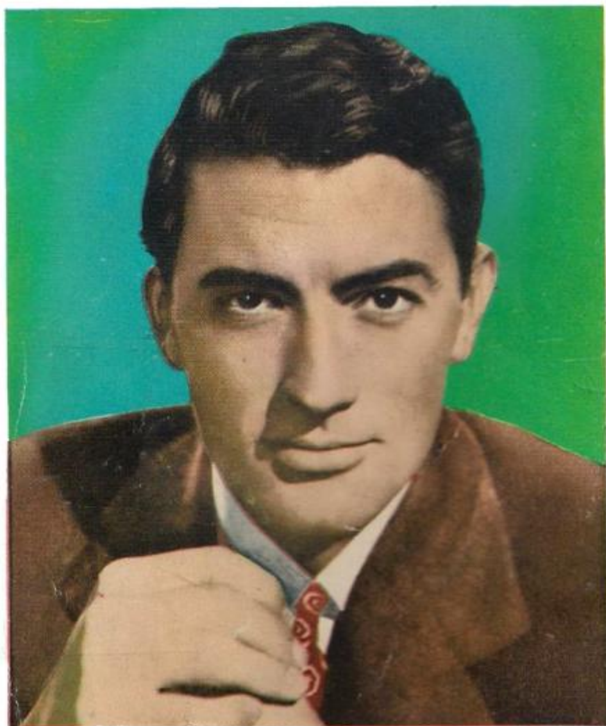
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION  PUNTO ROJO

Las mejores novelas de acción, de horror y de misterio.

Precio: 7'– ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



N.° 1568

Gregory Peck

Popular actor nacido en La Jolla (California), el 5 de abril de 1916. Debutó en el cine en "Las llaves del Reino". Destacan de sus películas: "El pistolero", "Las nieves de Kilimanjaro", "La cima de los héroes" y "El hombre del traje gris".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. ★ Impreso en España - Printed in Spain